

2,50 € - Argentina: $4.30 - México: $14.00

Robyn Donald

ENTRE EL ODIO Y EL AMOR

Entre el odio y el amor

Robyn Donald

Entre el odio y el amor (2003)
Título Original: One night at Parenga (2002)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1400
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Luke y Sorrel

Argumento:

Se debatía entre el odio y el amor

Durante diez años, los recuerdos de Sorrel y de aquel mágico verano habían invadido la cabeza y el corazón de Luke llenándolo de rabia y frustración.

Ahora Sorrel había regresado a Nueva Zelanda para hacerse cargo de la granja que una vez había sido el hogar de Luke, y sólo había necesitado una noche para retomar aquella arrebatadora pasión. Pero Luke necesitaba tomar el control de la situación antes de perder la cabeza para siempre, porque sabía que Sorrel era la única mujer capaz de llegarle al alma.

Prólogo

—Así que no queda nada —murmuró Sorrel Maitland, aparentemente impasible.

Nueva Zelanda estaba muy lejos de Nueva York y llevaba ocho años viviendo en América; sin embargo seguía teniendo acento neozelandés.

El abogado la miró, aliviado al comprobar que los enormes ojos verdes permanecían secos, sin lágrimas.

—Me temo que muy poco.

—Se ha perdido mucho dinero. ¿Qué ha sido de él?

—Parece que su padre es jugador, señorita Maitland. Esa es una forma rápida de perder dinero —contestó el abogado, mirando los papeles.

Los millones que Sorrel Maitland, la famosa modelo, había ganado durante aquellos años se habían escapado entre las manos de su padre como si fueran agua.

Sorrel miró las cifras e hizo un par de preguntas pertinentes.

Cerebro además de belleza, pensó él, admirando el cabello pelirrojo sujeto en un elegante moño.

La lealtad a la familia podía causar enormes problemas, a veces desastres como aquel. Si hubiera acudido a él al principio de su carrera, la habría advertido de que los padres no suelen custodiar bien el dinero de sus hijos… ¿pero qué chica de dieciocho años hubiera creído eso?

—Ojalá pudiera darle mejores noticias.

La mujer que tenía enfrente era una de las modelos más cotizadas del mundo y, como apenas tenía veinticinco años, aún le quedaban unos cuantos en las pasarelas para rehacer su fortuna.

Aun así, tener que darle esa noticia no era agradable.

—Si un adicto no recibe ayuda sicológica, subordina todo, la honestidad, la familia, la vergüenza… a esa adicción. Un alcohólico necesita ayuda profesional y a un ludópata le ocurre lo mismo. Algunas personas no admiten tener ese problema. Otros intentan controlarlo, pero no pueden.

—Sé que a mi padre le gustaba ir al casino de vez en cuando y que apostaba a los caballos, pero… No tenía ni idea.

—Normalmente los familiares son los últimos en enterarse. Señorita Maitland, debe buscar otro administrador de sus bienes. Es el mejor consejo que puedo darle.

—Lo haré. Sé que su bufete ha trabajado mucho para separar mis cuentas y las de mi padre —dijo ella en voz baja—. Muchas gracias.

—De nada. Si puedo ayudarla en algo, solo tiene que llamar.

Alta e imposiblemente elegante, Sorrel se levantó para estrechar su mano. La legendaria sonrisa iluminó su rostro, aunque no los ojos verdes.

—Es usted muy amable, pero ahora ya sé qué hacer.

El abogado se preguntó por qué había estrechado su mano con tanta delicadeza, como si pudiera romperse. Por el contrario, el apretón de ella era firme; solo el ligero temblor de sus dedos traicionaba la angustia que había tras aquellas bellísimas facciones.

Una mujer con clase, pensó, cuando cerraba la puerta del despacho.

Una mujer con clase y casi en la ruina.

En el apartamento que compartía con su padre, Sorrel se quitó los guantes mientras se acercaba a la ventana desde la que podía verse Central Park.

Temblando, se apretó los ojos con las manos para evitar las lágrimas hasta que vio lucecitas amarillas. En el corto espacio de un mes, su vida se había hecho pedazos.

Primero, la muerte de su madrina en Nueva Zelanda y después el infarto que había dejado inútil a su padre. La casa de Cynthia, Parenga, estaba vacía, pero su padre seguía vivo.

Si podía llamarse estar vivo a permanecer como un vegetal.

Sorrel parpadeó varias veces para enfocar el paisaje. Tenía una hora para volver a la residencia que sería el hogar de Nigel Maitland durante lo que le quedaba de vida.

Pero como una de las cosas que su padre no había hecho era contratar un seguro médico privado, primero tenía que llamar a su agente.

—Louise. Dile al director de Founiere que acepto la oferta.

Louise lanzó un grito.

—¡Esa es una gran noticia! Belle Sandford empezó su carrera con ellos y este año es casi seguro que va a ser nominada para un Oscar. Founiere es la mejor publicidad que se puede conseguir… no hay empresa más exótica en el mercado.

—Exótica, desde luego —suspiró Sorrel.

Aunque la palabra «erótica» cuadraba mejor con las campañas de aquella firma de perfumería.

—No seas mojigata, Sorrel. ¿Por qué aceptas si sigues pensando que Founiere hace porno suave?

Porque el dinero de la campaña pagaría las facturas de su padre en la residencia. Aunque no pensaba decirle eso a Louise; cuantas menos personas conocieran su situación económica, mejor.

—He pensado que sería divertido… diferente —contestó, intentando parecer entusiasmada—. Y como tú misma has dicho, esa campaña podría conseguirme otros contratos.

—Muy bien. Me alegro mucho de que hayas tomado esa decisión. Seguramente era tu última oportunidad con Founiere. Sigues siendo preciosa, por supuesto, pero yo sería una mala agente si te ocultase que por detrás vienen pegando fuerte.

—Lo sé. Hay cientos de adolescentes bellísimas, altísimas y deseosas de ser la modelo del año —suspiró Sorrel—. Bueno, tengo que irme, hablaremos más tarde.

Después de colgar, Sorrel miró alrededor. Tendría que dejar aquel carísimo apartamento. Afortunadamente no sentía ningún apego por él.

Se sirvió un vaso de agua en la cocina antes de entrar en la habitación que su padre llamaba despacho. Como él, era una habitación limpia y ordenada. Nigel Maitland había escondido lo de sus deudas con sorprendente habilidad, con sorprendente elegancia.

Intentó reconciliar al padre que había conocido y querido toda su vida con el hombre que la había dejado en la ruina, pero era imposible.

En cualquier caso, era su padre y la quería. Y, sobre todo, la necesitaba. Aunque apenas podía abrir los ojos, las enfermeras le habían dicho que su estado mejoraba en cuanto la veía entrar en la habitación.

Tenía que encontrar dinero para pagar el tratamiento hasta que…

—Hasta que se ponga mejor —murmuró para sí misma, aun sabiendo que no era verdad.

No había esperanzas de recuperación para él; un hombre siempre dinámico, enérgico, lleno de vida…

Y si para mantenerlo en la residencia tenía que posar medio desnuda en unas «elegantes» fotografías, lo haría.

No podía permitirse el lujo de tener escrúpulos morales en aquel momento.

Capítulo 1

Luke Hardcastle cruzaba el patio de la mansión Waimanu y vio a su ama de llaves discutiendo con el conductor de una furgoneta.

—¿Qué ocurre? —preguntó, arrugando el ceño.

Los dos se volvieron, hablando al mismo tiempo.

—Penn —dijo Luke.

El conductor se quedó en silencio.

—Dice que tiene una caja para Sorrel Maitland y estoy intentando explicarle que Sorrel no vive en Parenga. Los Banning alquilaron la casa cuando murió la señora Copestake, pero se marcharon a Taupo hace un par de meses. La casa está vacía.

—He estado en Parenga y he visto que no había nadie —replicó el conductor, airado—. Pero la dirección que aparece en el albarán es Sorrel Maitland, carretera de Hardcastle, Parenga. ¿Qué voy a hacer con ella?

Luke apretó los labios. ¿Aquello nunca iba a terminar?

Durante diez largos años el recuerdo de Sorrel lo había perseguido, llenándolo de angustia y frustración. Se despreciaba a sí mismo por seguir su carrera a través de las revistas, aliviado cuando dejaron de hablar de ella dos años antes, después de algunos rumores sobre matrimonio y problemas con las drogas… incluso hablaron de un embarazo.

Casi fue un alivio pensar que se había casado.

—¿No puede llevársela de nuevo a la oficina de correos? —preguntó, con su habitual tono autoritario.

—He llamado a mi jefe, pero dice que no tenemos sitio para guardarla hasta que aparezca la señorita Maitland. Y no puedo dejarla en una casa vacía porque alguien tiene que firmar el albarán de entrega.

—Yo tengo una llave de Parenga. Lo seguiré hasta allí y la dejaremos en el vestíbulo —replicó Luke. Por el rabillo del ojo, vio que su ama de llaves hacía un gesto de sorpresa—. Puedes seguir con tu trabajo, Penn.

—Pero…

—Gracias, Penn.

Luke subió a su jeep, pensativo.

¿Sorrel planeaba vivir en la casa que había heredado de su madrina?

No, si él podía evitarlo.

La Sorrel con quien había compartido un mágico e inocente verano años atrás había desaparecido, transformada en la mujer que sonreía con elegante frialdad en cientos de revistas y que, finalmente, con una arriesgada campaña de perfume, había hecho levantar la ceja a medio

mundo.

A veces Luke soñaba ser el hombre al que miraba con los ojos semicerrados, invitadora, sus labios abiertos como esperando un beso…

Despreciándose a sí mismo por el deseo que provocaba aquella imagen, siguió a la furgoneta por la carretera que llevaba a Parenga.

La noche antes de su dieciocho cumpleaños, Sorrel lo había mirado de la misma forma. Y él, sin poder contener su deseo, la había besado.

Desde entonces nada fue lo mismo.

Entonces supo que debía librarse de ella y lo hizo. Y no lo lamentaba, aunque Sorrel seguía poblando sus sueños.

¿Volvería con su marido o lo habría dejado? ¿Había un marido? El hecho de que no hubiese cambiado su apellido de soltera indicaba que no, pero muchas mujeres lo conservaban después de casarse.

Aunque a él le daba igual.

Luke cruzó el puente y detuvo el jeep en el camino de piedra. Aunque iba un hombre a limpiar cada dos meses, la enorme mansión eduardiana, que su padre tuvo que vender para pagar los caprichos de sus extravagantes esposas, parecía solitaria, casi fantasmal.

El conductor de la furgoneta le dio un papel.

—Sé quién es usted, pero las reglas son las reglas. Tiene que firmar el albarán.

—¿Es una caja muy grande?

—Del tamaño de un mueble. Pero no pesa mucho. Seguramente será ropa —contestó el hombre, encogiéndose de hombros—. Sorrel Maitland es modelo, ¿no?

No lo había preguntado con mala intención ni parecía haber nada sugerente en su tono, pero Luke tuvo que controlar una réplica airada.

—Lo era.

El conductor sonrió.

—He visto algunas fotografías suyas. Es muy guapa.

Sorprendido por el brillo de furia en los ojos grises de Luke, el hombre guardó el albarán.

—Será mejor que saquemos la caja.

Esa noche Luke estaba asomado a la ventana, observando las tumultuosas aguas del río que bajaban hasta el estuario.

Pensaba en una sonrisa provocativa y sofisticada que había visto más veces de lo que hubiera deseado. Para recordarse a sí mismo lo que era, miró la revista al volver de un largo día moviendo ganado en los pastos… haciendo ejercicio en realidad para librarse de las caóticas emociones que despertaba el regreso de Sorrel.

En la portada estaba elegante y provocativa con un vestido de baile… una especie de sensual túnica de seda. En las páginas interiores, el anuncio mostraba una Sorrel diferente.

Con una exclamación de disgusto, Luke tomó su vaso de whisky.

A veces pensaba que nunca podría olvidar esa maldita imagen.

Era preciosa, desde luego, brillantemente iluminada y fotografiada… y pecadoramente erótica. Dos cuerpos desnudos fundidos en un abrazo; la mano del hombre rozaba los pechos de la mujer, que lo miraba posesivamente, hambrienta, entregada. Tenía los ojos verdes con puntitos amarillos. Ojos de gato, brumosos, con la promesa de una pasión salvaje…

El whisky le quemaba la garganta y dejó el vaso sobre la mesa. Beber no lo ayudaría nada; había visto lo que el alcohol le hizo a su padre.

Las aventuras románticas de Sorrel Maitland, publicadas en todas las revistas, además de un compromiso roto y un posible matrimonio, demostraban en qué clase de mujer se había convertido.

La ruptura del compromiso fue noticia en todas partes. Y el abandonado novio, un cantante de moda, había utilizado el supuesto «dolor» de la ruptura para producir su siguiente disco, el mejor de su carrera según los críticos.

A Luke le importaba un bledo aquel hombre, el compromiso roto o la vida amorosa de Sorrel. Tenía que llevar su negocio, lo único importante para él.

Con la revista en la mano, salió del salón. Casi había llegado al despacho cuando se encontró con su ama de llaves en la puerta de la cocina.

—Me voy a dormir —sonrió la mujer, mirando la revista con gesto de sorpresa.

—Buenas noches.

Luke se encerró en el despacho y tiró la revista a la papelera.

No sabía por qué la había conservado. A los quince años, cuando su madrastra intentó seducirlo, se juró a sí mismo que él no sería como su padre. No dejaría que una bonita cara y un cuerpo tentador le robasen el corazón. Ninguna mujer tendría nunca tanto poder sobre él.

La temprana muerte de su padre y la aparición de un testamento que su madrastra le había hecho firmar en una de esas noches de borrachera reforzaban su determinación.

Luke se consideraba a sí mismo un hombre normal con necesidades normales… que no tenía problema en satisfacer. A veces estaba demasiado seguro de sí mismo y sus amantes se lo reprochaban, pero conocía el poder de su atractivo sobre las mujeres. Aunque disfrutaba inmensamente con ellas, no permitía que ninguna le llegase al corazón.

Especialmente Sorrel, que de niña solía pasar las vacaciones en Parenga.

Muy alta, delgadísima, con ojos de gacela, había despertado en él afecto y afán protector, pero estaba demasiado ocupado lidiando con los asuntos que había dejado pendiente la muerte de su padre como

para fijarse demasiado en ella.

Y entonces, cuando tenía veinticinco años y ella dieciocho, Sorrel volvió a Parenga para pasar unas vacaciones.

Luke encendió el ordenador, pensativo. La niña flaca de piernas interminables se había convertido en una mujer preciosa, más excitante que ninguna otra que hubiese conocido nunca.

Descubrió entonces que, como regalo de Navidad, Cynthia Copestake, su madrina, le había pagado un curso en una escuela de modelos.

En cuanto la vio, su intención de no dejar que ninguna mujer le llegase al corazón se hizo pedazos, reemplazada por un deseo primitivo que no lo dejaba dormir ni pensar en otra cosa.

Y, por primera vez, entendió por qué su padre se había embarcado en dos matrimonios desastrosos.

Con los labios apretados, Luke miró alrededor. Las cosas habían cambiado; él ya no era el jovencito absurdamente seguro de sí mismo y ella no era la inocente cría que se ponía colorada con cualquier piropo.

—¿A quién le importa que Sorrel Maitland vuelva? —murmuró con voz ronca.

Impaciente, se sentó frente al ordenador, tecleando a la velocidad del rayo.

A veces se preguntaba si habría reaccionado tan violentamente ante Sorrel si no hubiera estado involucrado en una batalla legal con una mujer que se parecía superficialmente a ella.

Estaba furioso cuando la rechazó. Su madrastra intentaba arrebatarle Waimanu, la única herencia que quedaba de su padre. Necesitó la ayuda de carísimos abogados para obligarla a aceptar la derrota y, al final, le costó el dinero que necesitaba para volver a poner la finca en pie.

Sin embargo, aquel verano, ni el instinto ni su incisivo cerebro evitaron que perdiese el control. Al final, el hermoso rostro de Sorrel era demasiado y tuvo que besarla.

Seguía enfadándolo no haber podido evitarlo. Sin intentarlo siquiera, sin insinuarse, aquella cría tenía el poder de dejarlo sin voluntad.

Y después del beso nada fue igual. Un solo beso y no podía confiar en sí mismo.

Luke miró aquellos exóticos ojos verdes y se dio cuenta de que, si no daba un paso atrás inmediatamente, acabaría como su padre, casándose con una mujer que no le convenía. Despreciándose a sí mismo por su debilidad, la dejó fuera de su vida.

Y había hecho bien; esa inocencia era una mentira. Su carrera como modelo y los rumores que corrían de boca en boca le revelaron que Sorrel era tan frívola y tan engañosa como su madrastra.

Algún día se casaría, pensó. Pero elegiría bien. La mujer con la que planeaba casarse no se parecería nada a su madre o a su madrastra, mujeres egoístas y avariciosas que habían usado su atractivo físico para exigir un tributo económico.

¿Cuándo volvería Sorrel?

¿Y por qué?

Sorrel resistió el impulso de pisar el freno al llegar a la curva.

—Carreteras de pueblo, conductores domingueros —murmuró para sí misma, irónica.

Los limpiaparabrisas hacían su trabajo, pero era difícil apartar aquella tromba de agua. Además, estaba atardeciendo y la visibilidad era mínima.

Apartando la melena de su cara, Sorrel apretó el volante. Había aprendido a conducir en aquella carretera y Luke la enseñó bien.

Casi se alegraba de que estuviese lloviendo. Tener que concentrarse la hacía olvidar una tensión más profunda; la de acercarse a Waimanu, la mansión que había sido el hogar de los orgullosos Hardcastle durante más de un siglo.

—Han pasado muchos años, por favor —murmuró para sí misma—. Seguramente se habrá olvidado de mí.

Por fin, tomó la última curva de la carretera que llevaba a Parenga.

¿Dónde estaría Luke? Daba igual… mientras no estuviera allí.

No estaría. Antes de morir, Cynthia le había dicho que pasaba la mayor parte del tiempo fuera de Waimanu.

—Haciendo fortuna —le contó—. Trabaja demasiado, pero es admirable. Ha conseguido devolver a Waimanu la prosperidad de antes y vende sus productos no solo en Nueva Zelanda, sino en Australia y Europa.

Incluso a los catorce años, Sorrel sabía que Luke era un hombre decidido, inteligente y muy ambicioso.

Físicamente era impresionante. Metro noventa y cinco, hombros anchos, caderas estrechas… era imponente. Y el rostro de un ángel caído.

Ella medía casi un metro ochenta, de modo que solo un hombre de esa estatura podía impresionarla. Era lógico que, siendo adolescente, hubiera estado loca por él. Luke representaba la masculinidad, una oscura fuerza dominante que la asustaba y la emocionaba al mismo tiempo.

El golpe del granizo en el parabrisas interrumpió sus pensamientos. Escondida tras los árboles estaba la casa de Cynthia. Su casa, su hogar durante los siguientes seis meses.

¿Por qué Cynthia habría dejado escrita esa condición en su

testamento? Debía haber una buena razón porque su madrina nunca fue una mujer caprichosa. Pero Sorrel ya no podía preguntarle.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver los viejos árboles del camino. Aunque Cynthia no estuviese allí para darle la bienvenida, era como volver a casa. El único hogar que había conocido.

Soltó el pie del acelerador para cruzar el puente…

—¡Oh, no!

Sorrel pisó el freno con fuerza. Un torrente de agua marrón saltaba por encima del viejo puente de madera.

¿Podría pasar o se la llevaría la corriente?, se preguntó. Al otro lado veía los cerezos que su madrina había plantado años atrás, y el tejado de la casa.

—Yo creo que puedo pasar —murmuró, recordando un anuncio de televisión que hizo para la empresa Camel.

Pero ella conducía una vieja furgoneta, no un todoterreno.

Entonces el sonido de un claxon le hizo volver la cabeza. No veía su cara, pero sabía quién estaba tras el volante del embarrado jeep.

Y no estaba preparada para ese encuentro.

Con un nudo en el estómago, Sorrel observó a Luke Hardcastle salir del jeep.

Se dirigía hacia su coche, como un dios de la tormenta: la cabeza bien alta, las facciones impasibles.

Sorrel tragó saliva y tuvo que apretar las manos en el volante para disimular el temblor. Luke, con el ceño fruncido, le indicó que bajase la ventanilla.

—No puedes cruzar, el puente no es seguro. Tienes que dar la vuelta.

—Pero tengo que…

—Puedes ir a mi casa hasta que amaine la tormenta.

—¿Seguro que no puedo pasar? No hay tanta agua… puedo ver los bordes del puente —insistió ella, disimulando la conmoción que le producía volver a verlo después de tantos años.

—Es demasiado peligroso. Además, cada vez llueve con más fuerza. Vamos, da la vuelta. Yo te seguiré.

—Espera…

Pero Luke ya se había vuelto hacia el jeep. A pesar de la irritación que le producía su actitud arrogante, Sorrel no pudo dejar de admirar la alta figura masculina.

¿Cuántas veces lo había mirado así… tan absorta que no podía ver nada más?

Cientos de veces, pensó, irónica. Pero la obsesión adolescente había desaparecido… aunque su cerebro no parecía haberle comunicado tal hecho a su cuerpo.

Sorrel no tenía miedo de que él lo notase. La disciplina adquirida

trabajando para duros fotógrafos había aumentado durante aquellos dos años en los que estuvo cuidando de su padre.

Cuando supo por las enfermeras que no comía si ella no estaba, dejó su trabajo como modelo, alquiló una casa cerca de la residencia y fue su constante compañía.

Y de alguna forma, en las ruinas de su vida, forjaron un cariño paterno-filial que iba más allá de las palabras.

Cuando murió, casi se había gastado todo el dinero que ganó con la campaña de Founiere. Pero daba igual; volvería a hacerlo mil veces.

Mientras daba marcha atrás, Sorrel pensó que la excitación que había sentido al ver a Luke no tenía nada que ver con las emociones. Era algo puramente físico. Pero, aunque la excitaba, podía controlar la respuesta a su oscuro magnetismo. El tiempo la había curado de aquel amor adolescente.

—Es incómodo, pero no desastroso —murmuró para sí misma.

Seguía lloviendo, cada vez con más fuerza, y los limpiaparabrisas apenas podían apartar el agua… entonces Sorrel vio dos ojos brillantes al otro lado del puente.

Empapado, sujeto a duras penas a la rama de un árbol había un gato…

—¡Baggie! —exclamó. No podía haber vivido en la calle desde la muerte de Cynthia…

Enternecida, salió del coche y corrió por el puente hacia el gato de su madrina.

—¡Sorrel! —oyó el grito de Luke.

Cuando llegó a la mitad del puente descubrió que no podía seguir avanzando. El agua le llegaba por las rodillas y la empujaba hacia el otro lado… Sorrel estaba a punto de caer cuando dos fuertes manos la sujetaron por la cintura.

—¡Muévete! —gritó Luke. Aunque era muy alto y tremendamente fuerte, también él tenía problemas para mantener el equilibrio.

Algo enorme golpeó entonces el puente por debajo, sacudiéndolo, seguramente un tronco.

—¡Me estoy moviendo!

Por fin, lograron llegar al otro lado, pero Luke no la soltó.

—¿Estás loca? ¿Cómo demonios se te ocurre salir del coche?

A pesar de la lluvia, el calor de su cuerpo la traspasaba…

—Baggie está en ese árbol —replicó ella, señalando al gato—. No puedo dejar que se ahogue.

—Ese gato es el animal más problemático de todo el distrito. Y no te preocupes por él, sabe cuidar de sí mismo.

—Está atrapado en ese árbol —insistió Sorrel, indignada—. Se ahogará si no lo sacamos de ahí.

Para entonces la lluvia los había empapado de arriba abajo. Pero

incluso empapado, Luke daba miedo.

—No vas a acercarte a ese árbol —dijo, fulminándola con la mirada —. Baggie solo tiene que saltar de rama en rama y estará a salvo. Vamos, entra en la casa —le ordenó entonces, furioso, sacando unas llaves del bolsillo.

—Cuando haya rescatado a Baggie. Sé que araña, no te preocupes. Tendré cuidado.

—¿Por qué ese repentino interés por un gato?

—¡Porque es el gato de Cynthia!

—Tu madrina murió hace dos años —replicó Luke, cáustico—. No te has preocupado por Baggie en todo ese tiempo.

—¿Y tú qué sabes? Tú ya no vives aquí.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Cynthia. Me dijo que vivías en Auckland.

Con Man O'Neill, seguramente. ¿Se habrían casado?

—Vivo aquí —dijo él—. En Waimanu.

De haber sabido eso, ¿habría vuelto a Parenga?, se preguntó Sorrel.

Sí, porque no tenía dónde ir.

—Voy a rescatar al maldito gato —dijo Luke entonces.

—No, lo haré yo. Baggie es mi responsabilidad.

—No seas ridícula. No pienso quedarme a ver cómo te ahogas.

El corazón de Sorrel se encogió al ver que un tronco era arrastrado en su dirección por la corriente.

—¡Cuidado!

Luke lo evitó con una combinación de equilibrio, fuerza y habilidad admirables. Cuando alargaba la mano para bajar al gato, Baggie lanzó un zarpazo, indignado, pero él consiguió atraparlo.

Sorrel se llevó una mano al corazón.

—Gracias. El pobre estaba en peligro y…

—¿En peligro? Este gato tiene doce vidas.

—Lo llevaré a…

—Sorrel, entra en la casa de una maldita vez. Aunque no te lo creas, tengo cosas más importantes que hacer que admirar tu elegante figura.

Ella bajó los ojos y observó, horrorizada, que bajo la empapada blusa se marcaban claramente sus pechos desnudos.

—Yo también estoy encantada de verte después de tantos años — replicó, sorprendida por su grosería.

Él sonrió entonces, con frialdad.

—Lo siento, no tengo tiempo para darte la bienvenida. Entra en la casa antes de que pilles una pulmonía.

Furiosa, corrió hacia la casa sin preocuparse de si él la seguía o se ahogaba en el puente.

Preferiblemente esto último, pensó.

Una vez dentro, Luke frotó a Baggie con un viejo periódico hasta

dejarlo más o menos seco.

A pesar de la rabia, Sorrel no podía dejar de admirar la piel bronceada del hombre, los anchos hombros…

«No», se dijo a sí misma. Nunca más. No con Luke Hardcastle.

Él levantó la mirada entonces, el brillo gris de sus ojos como la hoja de una espada.

—Bienvenida a casa.

Capítulo 2

—Estamos atrapados aquí, ¿no?

—Así es.

—Es demasiado peligroso volver a cruzar el puente.

—Cierto —murmuró Luke.

Estaba atrapada con él. Precisamente con él. Y su ropa, su maquillaje… hasta su cepillo de dientes estaban en la furgoneta.

—Envié una caja desde Nueva York.

—Llegó hace una semana. La he puesto en el dormitorio de arriba.

—Gracias.

De modo que, al menos, tenía ropa seca. Pero Luke no.

—Tienes que quitarte esa ropa mojada o acabarás pillando una neumonía.

—Habrá que improvisar. Cuando llegó la caja, llamé a la compañía eléctrica y me dijeron que habías dado de alta la luz. De modo que puedo darme una ducha caliente.

Sorrel asintió, pensativa. Creía haber olvidado a Luke… además, solo había sido un beso, siglos atrás.

Sin embargo, estar en Parenga era como volver al pasado. Una mirada de aquellos ojos grises y era de nuevo una patética adolescente.

Pero tenía que quedarse. Luke la desdeñaba y ella… ella pensaba guardar su corazón para que no volviera a rompérselo.

Bostezando, Baggie, se dirigió hacia un platito que había en el suelo y levantó la cabeza, como un rey esperando su comida. Estaba más bien gordito. O alguien le daba de comer todos los días o sabía cómo buscarse la vida.

—Hay toallas en la caja.

—Estupendo.

—Lo siento, Luke. Seguramente rescatar a Baggie ha sido una estupidez por mi parte.

—Desde luego que sí. Ningún animal merece que alguien arriesgue la vida.

—¿Ah, no? ¿Y qué hay del caballo al que salvaste de un ciclón? Te tiraste al río para llevarlo a la orilla. Yo al menos tenía un puente.

Luke se encogió de hombros.

—Entonces era joven y estúpido. Además, el caballo se hubiera ahogado, seguro. Baggie estaba a salvo. Es muy listo y vio la oportunidad de volver a casa sin mojarse las patas.

—Es que fue una sorpresa verlo… Cuando Cynthia murió llamé al veterinario para que viniera a buscarlo y me dijo que se lo habían quedado unos amigos.

Después de eso, se olvidó del asunto. Estaba demasiado ocupada con la campaña de Founiere y cuidando de su padre.

—Ya.

—No sabía que tú estuvieras cuidando de él.

Luke la miró desapasionadamente. Y decidió que había sido una modelo famosa porque despertaba las fantasías secretas de los hombres y la inseguridad de las mujeres. Ese era el secreto del éxito de una modelo.

—¿Por qué no me preguntaste si podía cuidar de él? No había necesidad de sacrificarlo.

—¿Sacrificarlo? ¿Quién ha dicho nada de Sacrificarlo?

—Eso era lo que el veterinario creyó que querías hacer.

—¿Yo? —exclamó Sorrel, horrorizada—. Quería que viviese en una residencia para animales, no que lo sacrificaran.

La blusa mojada prácticamente transparentaba sus pechos y Luke tuvo que apartar la mirada.

Pero aunque podía controlar la inmediata respuesta de su cuerpo, no podía ignorarla del todo.

—Sube a darte una ducha.

—¿Y tú qué?

—Yo me ducharé en el baño de abajo.

Sorrel no se movió.

—¿Necesitas ayuda para quitarte la ropa? —preguntó él entonces, sarcástico.

—¡No!

Cuando estaba subiendo la escalera, se dio cuenta de que eso era precisamente lo que Luke había querido. Muy bien. El primer asalto para él.

Pero aquello no iba a ser una pelea. Tenía que quedarse en Parenga durante seis meses según el testamento de Cynthia y, como Luke vivía en la casa de al lado, tendrían que firmar una tregua.

Si decidía convertir Parenga en un hotel, no podía estar a mal con Luke Hardcastle. Era un hombre muy conocido en el distrito y tenía influencia con el alcalde y los concejales.

—Te bajaré una toalla.

—Muy bien.

Sorrel abrió la puerta de su antiguo dormitorio. Aunque la caja había sido abierta, las cosas estaban sin tocar. Luke, sin duda. Pensaba en todo.

Una ola de tristeza la invadió al comprobar el contenido. Representaba diez años de su vida, pero no parecía gran cosa. Aquello era lo poco que había podido salvar: algunos vestidos de diseño, alguna joya, algún libro.

El viento y la lluvia golpeaban furiosamente las ventanas, como aquel día, cuando llenaba la caja tras la muerte de su padre.

Sin embargo, a pesar de tener el corazón roto, sentía gratitud por su muerte; él la había deseado desde que sufrió el infarto.

Sorrel sacó una toalla con dedos temblorosos y salió de la habitación. Luke estaba subiendo la escalera.

—Toma. Lo siento, pero no tengo jabón.

—Estás muy pálida. Ve a darte una ducha caliente.

Una vez en el cuarto de baño Sorrel empezó a desabrocharse la blusa, pero tenía las manos heladas. Cuando por fin se la quitó estaba temblando de frío.

Podría soportar vivir al lado de Luke. Debía hacerlo. No tenía otro sitio donde ir.

—Solo tienes que mantener la cabeza fría —murmuró para sí misma.

Intentando borrar los recuerdos de antaño, dejó que el agua caliente la relajase.

Cuando bajaba por la escalera, vestida con vaqueros y una camisa de franela, oyó la puerta del cuarto de la plancha y dejó escapar un suspiro.

Estupendo, eso debía significar que la secadora funcionaba. Y si funcionaba la secadora, también funcionarían la nevera y la cocina.

Mientras estaba bajo la ducha, había estado haciendo relajación; una técnica muy usada por las modelos para soportar las largas horas de espera en las sesiones fotográficas. De modo que creía estar preparada para Luke.

Pero cuando lo vio en el pasillo, con la toalla alrededor de la cintura… y nada más, su compostura se evaporó.

Solo los escoceses podían llevar falda. E incluso ellos tenían que adornarla con dagas fálicas para asegurar su masculinidad.

Luke, sin embargo, no tenía un aspecto ridículo. El verde de la toalla contrastaba de maravilla con su cuerpo bronceado. Podría haber sido modelo, pensó.

Un hombre peligroso, alto y fuerte como un árbol, el sueño erótico de cualquier mujer. Cuando la besó, tantos años atrás, Sorrel había visto un reflejo azul en sus ojos. Pero en aquel momento eran opacos, como la plata vieja.

—¿Cuándo crees que se podrá cruzar el puente? —preguntó, apartando la mirada.

—Cuando amaine la tormenta. Pero si no deja de llover… tendré que quedarme aquí.

¿Pasar la noche con Luke? ¿Con un hombre que parecía un bárbaro de algún pasado romántico? A Sorrel se le hizo un nudo en el estómago, pero no precisamente de asco.

—¿Por qué demonios construyeron la casa aquí? Entre el río y el estuario, por Dios… Aunque tus ancestros necesitaban el agua,

deberían haber considerado la posibilidad de inundaciones.

—Construyeron la casa en una pendiente. Aquí no llega el agua —replicó él.

—Pero no se puede llegar a ella a través del puente —dijo Sorrel, intentando no mirar sus hombros desnudos—. ¿Tú crees que la comida de Baggie sabrá bien?

—No hace falta que nos comamos su comida. Cuando me enteré de que venías llené la despensa.

—¿Ah, sí?

«Por Dios, reacciona», se dijo a sí misma. Estaba actuando como una cría, como una adolescente que piensa solo con las hormonas.

—Harina, café, azúcar, latas… también hay comida congelada. Mi ama de llaves se encargó de todo.

—Muchas gracias —dijo Sorrel, dirigiéndose a la cocina—. Tienes que decirme cuánto te debo.

—Somos vecinos… pero te enviaré la factura.

¿Estaba ofendido? Mejor, ella también. ¿La creía tan tonta como para llegar a una casa vacía sin comida? Tenía una caja llena de tarteras en la furgoneta.

Aunque, por otro lado, estaban en aquella situación por su culpa.

—En una noche como esta, un estofado sería maravilloso. Pero podemos tomar una sopa calentita… —en ese momento, la luz hizo un extraño—. Y rápidamente. Espero que el viento no tire los postes de la luz.

—¿Sabes hacer sopa? —preguntó Luke, escéptico.

—Sí —contestó ella, sin volverse—. ¿Hay madera en la leñera? Podríamos encender la chimenea.

—No lo sé.

—No hay nada como una chimenea encendida para tener sensación de hogar.

—¿Hogar esta casa? —replicó él.

—Parenga siempre ha sido mi hogar —contestó Sorrel, sacando un par de latas de la despensa.

—Voy a ver si hay troncos en la leñera. Grita si necesitas ayuda.

Ella esperó hasta que se hubo cerrado la puerta para dejar escapar un largo suspiro. Aquel hombre era insufrible.

Media hora más tarde llevaba una bandeja al salón que, en aquel momento, estaba sin muebles, como el resto de la casa. La muerte de Cynthia fue seguida casi inmediatamente por el infarto de su padre y tuvo que llevarlos a un guardamuebles para que no se deteriorasen.

Pero no fue la habitación, con las estanterías vacías de libros, lo que la dejó sin aliento.

Luke estaba inclinado echando troncos en la chimenea y el brillo de las llamas iluminaba su torso desnudo. Era un hombre demasiado

atractivo, demasiado primario.
Demasiado sexy.
A unos metros estaba Baggie, observando el fuego con benigna satisfacción.
Sorrel dejó la bandeja en el suelo, intentando no dejarse afectar por tanta feromona. Además de sus atributos masculinos y su hermoso rostro, Luke tenía un carisma especial, una combinación de poder, autoridad y magnetismo sexual que demolía sus cuidadosamente erigidas defensas.
Y un ansia largo tiempo reprimida volvió a despertarse a la vida.
—Qué frío —murmuró, con el corazón acelerado.
—Gracias —dijo Luke, tomando el bol de sopa. Poco después estaban sentados frente a la chimenea. Sorrel tenía que hacer un esfuerzo para olvidar que él estaba desnudo bajo la toalla.
—La sopa está muy rica —dijo Luke, lacónico.
—Es increíble lo que se puede hacer con unas latas y algunas hierbas secas.
—Ya.
—Mañana iré a Kerikeri para traer los muebles.
—Si la carretera está abierta.
—¿Tú crees que la cerrarán'?
—Podría haber desprendimientos.
El olor de la sopa se mezclaba con el del eucalipto de los troncos.
—¿Baggie sigue obsesionado con pescar anguilas?
Sorrel sonrió al ver que el gato bostezaba elaboradamente, como si se sintiera orgulloso de sus pasadas hazañas.
—Sí, aunque las anguilas y él a veces tienen diferencias de opinión sobre quién caza a quién.
—Cynthia solía decir que se le pasaría con la edad.
—Ese es el problema de las obsesiones. Que no se pasan con el tiempo —dijo Luke entonces—. ¿Dónde está tu marido?
—¿Qué? Yo no estoy casada.
—Cuando dejaste de trabajar hace dos años dijeron que te habías casado.
—Dejé el trabajo para cuidar de mi padre. Había sufrido un infarto.
—¿Y cómo está?
Sorrel se levantó para acercarse a la ventana. Había anochecido y solo podía ver las ramas de los magnolios moviéndose con el viento.
—Murió hace un mes. Lo enterré al lado de mi madre.
—Lo siento —dijo Luke.
Ella se volvió.
—Fue un alivio para él. Estuvo dos años confinado en una cama, sin poder moverse. Ni siquiera podía hablar. Al principio teníamos un código para comunicamos, pero después… en fin, el pobre solo quería

morirse.

Pero antes de hacerlo le había dado a entender cómo lamentaba sus errores, cómo lamentaba haberla dejado en la ruina. Cuando Sorrel le dijo que lo había perdonado, su padre se dejó morir.

—No sabía nada —dijo Luke entonces, levantándose para tornar sus manos casi con ternura.

—Durante los dos últimos años de su vida, sufrió muchísimo.

—¿Tú cuidaste de él?

Sorrel soltó sus manos y se sentó de nuevo frente a la chimenea.

—Lo llevé a una residencia y dejé mi trabajo para estar con él.

Luke se inclinó para echar otro tronco al fuego. Al hacerlo, la toalla se apartó, mostrando sus poderosos muslos. Cuando se volvió, Sorrel apartó la mirada a toda prisa.

—¿Por qué has vuelto a Parenga?

—Me encanta esta casa.

—Ya, seguro. ¿Cuál es la verdadera razón? —insistió Luke.

—Ya te lo he dicho.

—Quiero la verdad.

Sorrel lo miró, sorprendida. Pero no pensaba dejarse afectar por la beligerante actitud del hombre. Sus ojos se volvieron opacos, sus gloriosamente sensuales labios se apretaron durante un segundo antes de relajarse por fin en una sonrisa completamente segura de sí misma.

—Eres un arrogante, Luke. ¿Qué te hace pensar que puedes exigirme respuestas?

Él sintió como si lo hubiera abofeteado. Aunque le costaba, no podía obligarla a decir la verdad.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—Durante seis meses… por lo menos.

—¿Haciendo qué?

—Lo que me dé la gana —sonrió ella, con esa sonrisa que había excitado a millones de hombres desde las páginas de las revistas—. No te preocupes, no voy a molestarte. Ni siquiera sabrás que estoy aquí.

—Véndeme Parenga —dijo Luke entonces—. Te pagaré un precio justo.

—¿Qué harías tú con esta casa?

—Ya se me ocurrirá algo.

Era demasiado buen negociador como para mirarla a los ojos, pero no habría adivinado nada por su expresión. Sorrel era, desde luego, una profesional de las máscaras.

—No puedo venderla. Cynthia me la dejó en un fideicomiso.

—Eso debió ser una sorpresa.

Ella volvió la cabeza, ofreciéndole su elegante perfil; la frente alta, las cejas bien perfiladas, la nariz recta. Pero su boca no era precisamente elegante sino apasionada, ardiente, de labios generosos…

—¿Por qué? Lo que salvó Waimanu fue el fideicomiso de tu padre.

Luke hizo una mueca. Era cierto. Su madrastra no pudo hacer nada contra eso.

—¿De qué quería Cynthia proteger Parenga?

Sorrel se encogió de hombros.

—De nadie. Era una mujer muy cauta. O quizá lo que te pasó a ti la asustó.

El fuego crepitaba en la chimenea, iluminando su piel nacarada, perfecta. Una piel que parecía de seda y que era una tentación.

Luke tuvo que apartar la mirada. A pesar de su poderoso magnetismo sexual, no significaba nada para él. Pero allí había algo que no lograba entender.

—¿No te lo dijo?

—No.

Él sospechó, por el tono, que sí lo sabía. Entonces recordó su furgoneta. Era vieja, debía tener más de cinco años. Un coche muy raro para una modelo como ella.

Sorrel alargó la mano para llamar al gato, pero Baggie la miró, inescrutable.

«No lo pienses más», se dijo Luke. «No quieres saber nada de ella. Es peligrosa».

—¿Estás escondiéndote?

—No.

Lo había dicho casi divertida. Y si no hubiera visto la momentánea tensión de su frente, la habría creído.

—Si tienes algún problema, puedes contármelo —replicó con brusquedad, para esconder un inesperado deseo de protegerla.

Sorrel rió suavemente, una risa falsa que le recordó a su madrastra.

—No tengo ningún problema. Solo quería volver a esta casa que siempre fue mi hogar. ¿Tan raro te parece?

—¿Y por qué no vuelves a tu mundo?

—Dos años es mucho tiempo. El mundo de las modelos olvida pronto.

Luke observó con sarcástico interés cómo bajaba las pestañas para esconder sus ojos. Había visto a su madrastra hacer ese gesto muchas veces. Una promesa de sexo para conseguir todo lo que quería.

Pero nunca antes había sentido una punzada de deseo tan feroz como en aquel momento.

Despreciándose a sí mismo por aquella debilidad, recordó que aunque Sorrel se marchó de allí siendo inocente, no tardó mucho en coleccionar su primera cabellera. Y hubo muchas después.

Seguramente algunos de los cotilleos eran invenciones, pero aunque la mitad fueran falsos, había habido muchos hombres en su vida, hombres a los que ella descartó fríamente según las revistas.

—¿Estás diciendo que tienes ahorrado lo suficiente como para disfrutar de la vida sin hacer nada?

—Estoy diciendo que a mi edad no encontraré trabajo como modelo. Tengo veintiocho años, Luke. Demasiados como para empezar otra vez.

—Ya, claro.

Sorrel se preguntó qué estaría pensando. Por su expresión, nada bueno.

—La ropa ya estará seca.

—Eso espero.

Luke se levantó entonces y le ofreció su mano. Olía a jabón y a hombre… un olor exclusivamente de Luke. Eso la llevó atrás en el tiempo, a aquel verano en el que se creyó enamorada de él.

Y se asustó. No pensaba volver a pasar por ello.

—Gracias —murmuró, sin mirarlo.

—De nada —replicó él, irónico.

Por un momento, se miraron el uno al otro. Casi podía ver llamas en sus ojos grises. Pero las llamas murieron, de repente.

Sorrel se concentró en recorrer el pasillo hasta la cocina, intentando olvidar que Luke Hardcastie iba detrás. Tenía que respirar profundamente, calmarse, olvidarse de él.

—Lo he dicho en serio. Si tienes algún problema, yo podría ayudarte.

—No tengo ningún problema. A menos que te refieras a un posible corte de luz.

La tensa conversación al menos la hacía olvidar que quizá tendría que dormir allí. Pero si seguía lloviendo de esa forma…

—Mete la toalla en la secadora. Puede que tengamos que taparnos con ella esta noche. No hay camas ni mantas.

—Afortunadamente, tenemos fuego y mucha madera.

Cuando la puerta del cuarto de la plancha se cerró, Sorrel oyó un suave maullido.

—Eres un gato oportunista. No sé por qué Cynthia te quería tanto. Por tu culpa, por poner esa cara de «sálvame, voy a ahogarme», ahora tendré que dormir en el suelo.

Con Luke.

Al destino no se le podía haber ocurrido un truco más sucio.

Pero si Luke no la hubiera rescatado, casi con toda seguridad se habría ahogado en el puente.

Luke Hardcastle…

Pensaba que el tiempo y la distancia le habrían hecho olvidarlo del todo. Pero se equivocó. La sola idea de pasar la noche con él a solas hacía que su pulso se acelerase.

Pero no significaba nada. Había sido su primer amor y seguía siendo

un hombre que la afectaba… más que ningún otro que hubiese conocido. Sentía una especie de adicción a algo que solo Luke poseía.

La luz volvió a temblar y Sorrel decidió encender la cafetera antes de que fuese demasiado tarde.

Diez minutos después iba por el pasillo con una bandeja… y Baggie enredado entre sus piernas.

Luke tenía un aspecto muy sofisticado con una camiseta italiana y pantalones que parecían hechos a medida. De hecho, casi podría decir el nombre del sastre… inglés, por supuesto.

Sus años de trabajo habían dado resultado, evidentemente. Y se alegraba.

—El teléfono no funciona y creo que la luz se irá pronto. Y me he dejado el móvil en el jeep.

—¿Tienes que llamar a alguien urgentemente? —preguntó Sorrel.

Capítulo 3

—A nadie.

Abruptas y secas, las palabras quedaron colgadas en el aire. Absurdamente, Sorrel se sintió aliviada.

Otro golpe de viento hizo temblar la casa. Las luces oscilaron y como Luke había predicho se quedaron a oscuras.

—No te muevas. Y no te tires el café encima.

Entonces abrió la puerta del salón para que la luz de la chimenea la guiase. Sorrel dejó la bandeja en el suelo y se sentó frente al fuego.

Después de echar dos troncos más, Luke se sentó a su lado.

—Espero que te guste el café fuerte.

—¿Tú no tomas?

—No puedo dormir si tome café después de cenar… ¡Por favor, llueve a cántaros! Espero que no le pase nada a los coches.

—No te preocupes por eso. El río nunca ha subido hasta la carretera.

La oscuridad era total por los relámpagos, como en una película de miedo.

—Se me había olvidado que aquí suele haber tormentas.

—Mañana habrá pasado. Son tormentas tropicales, típicas de esta época del año.

—Lo sé —replicó Sorrel—. Viví aquí muchos años, ¿recuerdas?

—Ah, ¿querías que te consolara? Lo siento, no tengo tiempo para mujeres caprichosas —dijo Luke entonces.

—¿Por qué eres tan grosero? Lo que yo haga con mi vida es cosa mía.

—Si vas a vivir en la casa de al lado, puede que también sea asunto mío.

—No lo creo —replicó ella.

Luke la miró con tal intensidad que se puso colorada. Y, por una vez, deseó haberse puesto un sujetador.

—No hago fiestas salvajes ni pongo la música a todo volumen por las noches. Puede que cruce por tu casa para bajar a la playa, pero solo me verás entonces. Seré tan buena vecina como Cynthia.

—Siento no haber podido ir a su funeral —dijo Luke entonces—. Estaba en los Andes con una delegación de empresarios y me enteré de su muerte cuando volví a Nueva Zelanda.

Sorrel apartó la mirada para disimular las lágrimas.

—Yo tampoco pude asistir. Pero… ella lo habría entendido.

De nuevo, Luke alargó la mano para tomar la suya. Y, de nuevo, el roce de su piel despertó una tormenta en su interior. Más salvaje que la que se libraba al otro lado de las ventanas.

Se sentía igual que cuando tenía dieciocho años, mareada por el

carisma sexual de aquel hombre.

Pero no debía engañarse; aquello solo era química, una cuestión de feromonas.

Ya no era virgen, ya no era una niña. Aquella tensión sexual era excitante, pero nada más. Lo que importaba en una relación era el respeto, el amor, los valores y los intereses comunes. Y ella no tenía nada en común con Luke Hardcastle.

Sorrel apartó la mano y, en la semioscuridad, él vio que tenía los labios entreabiertos.

Un innato instinto masculino y su experiencia con las mujeres le decían que no sería difícil llevarla a la cama. Bajo aquel cuidado y exquisito exterior, Sorrel enviaba señales suficientes como para tener alerta a un ejército.

Y se preguntó si lo haría a propósito.

Pero él no lo aceptaría. Antes de aceptar que se entregase, necesitaba saber por qué se lo estaba ofreciendo.

—Cynthia me caía muy bien. Siempre era agradable, simpática, amable con todo el mundo… tenía un corazón de oro y la echo de menos.

Sorrel intentó relajarse. Estaba claro que él no sentía aquella abrumadora anticipación, aquel deseo primitivo. Seguramente Luke sabía que lo deseaba.

Lo que nunca debía saber era que siempre había comparado a los hombres con él… y que ninguno le llegaba a la altura de los zapatos.

¿Se reiría si supiera que se había interpuesto entre ella y todos los hombres que había conocido?

Probablemente. Pero no lo creería.

—Yo también la echo de menos.

—Me sorprende. No la viste mucho desde que te fuiste de aquí.

—La veía al menos dos veces al año —replicó Sorrel, herida—. Y hablábamos por teléfono a menudo.

—¿Ah, sí?

—Sí. No creo que Cynthia te contase lo contrario.

—Nunca me dijo que hablaseis a menudo por teléfono —dijo Luke, sarcástico.

—Y porque Cynthia no te lo contó, crees que estoy mintiendo, ¿no? Vas a tener que controlar esa manía de juzgar a la gente —replicó ella, irritada.

—No he vuelto a verte desde que te fuiste a Nueva York. Si hubieras visitado a Cynthia, te habría visto.

No, porque cada vez que volvía a Waimanu se veía con su madrina a solas. Aunque eso no pensaba contárselo.

—No voy a darte explicaciones. No tengo por qué.

—Cuéntame cómo es la vida de una famosa modelo. ¿Lo pasabas

bien?

—Tiene sus momentos. Pero el trabajo es casi siempre aburrido.

—Si no te gustaba, ¿por qué lo hacías?

—Porque ser modelo te da la oportunidad de viajar, porque conoces gente muy interesante…

—Imagino que te pagarían muy bien, ¿no?

—El dinero es importante. Tú lo sabes igual que yo. Has trabajado mucho para hacerte rico.

Luke sonrió.

—Tus ojos siguen lanzando fuego cuando te enfadas.

—No seas paternalista —replicó Sorrel.

—Yo he trabajado para Waimanu y para la gente que vive de la granja.

—Muy noble.

—Entonces, ¿ser modelo no fue lo que esperabas? Yo recuerdo a una chica que estaba deseando salir de Nueva Zelanda.

Porque él había empezado a salir con Man O'Neill.

—Naturalmente. ¿Qué chica de dieciocho años hubiera desperdiciado una oportunidad así? ¿Y cuál es la diferencia entre una persona que usa sus atributos físicos para ganarse la vida y otra que usa su inteligencia? El resultado es el mismo.

Luke dejó la taza en el suelo.

—Simplemente que usar la inteligencia indica trabajo duro y esfuerzo, mientras…

—Créeme, para mantener los atributos físicos que tú tanto desprecias hay que trabajar muy duro —lo interrumpió Sorrel.

—No los desprecio. Me afecta tanto la belleza como a cualquiera.

—Pero te parece bien que los listos usen lo que les ha tocado en la lotería genética y desprecias que los guapos usen su atractivo. No pensé que fueras tan puritano, Luke. Ni tan hipócrita. No intentes convencerme de que tu aspecto físico no te ha hecho la vida más fácil.

Él soltó una carcajada.

—En eso tienes razón. De todas formas, es una pena desperdiciar una inteligencia como la tuya.

—El cerebro no se deteriora. Y hay que usarlo para ganarse la vida como modelo, te lo aseguro.

—¿Has estudiado algo?

—Sí, algo.

Dos años antes había terminado la carrera de dirección de empresas, pero tampoco pensaba contárselo a aquel arrogante.

Un trueno hizo retumbar las ventanas entonces.

—Voy a cerrar las cortinas.

Sentía los ojos de Luke clavados en ella mientras tiraba de las pesadas cortinas de terciopelo. Unos copos flotando en el aire llamaron

su atención.

—¿Qué pasa?

—Nada, las últimas flores del magnolio. Las preciosas y delicadas flores rosadas bailaban en el aire sacudidas por el viento y caían al suelo, machacadas. Temblando, Sorrel cerró las cortinas.

—A Cynthia le gustaban mucho.

—Lo sé —murmuró ella, sentándose lo más lejos posible del hombre que dominaba la habitación.

Debería haber dejado las cortinas abiertas. En aquel momento la habitación era como una cueva, demasiado íntima, demasiado oscura.

Estaba exhausta, pero cuando miró el reloj vio que todavía era demasiado pronto para irse a dormir. Agradecida por la máscara que sabía colocarse cuando era necesario, Sorrel sonrió.

—¿Qué ha sido de Man O'Neill'?

—Es directora de una empresa en Auckland. ¿Qué ha sido de ese actor con el que empezaste a salir nada más irte de Nueva Zelanda?

—No había nada entre nosotros… era solo una cuestión de publicidad. Cosas de mi agente para conseguir publicidad.

La poco romántica naturaleza de su relación no impidió que el actor intentase ligar con ella, pero Sorrel lo rechazó. Sin embargo, siguieron siendo amigos. Fue uno de los pocos que la visitó durante la enfermedad de su padre.

—¿Y funcionó? —preguntó Luke.

—Supongo que sí —suspiró ella, intentando disimular un bostezo.

—¿Has llegado hoy a Nueva Zelanda?

—Sí, desde Vancouver. Normalmente no sufro jet lag, pero conducir hasta aquí ha sido emocionante.

—Dominguera —sonrió Luke.

Sorrel apartó la mirada de sus arrogantes facciones. Baggie se estiró indolentemente y empezó a ronronear, un sonido muy agradable en contraposición a la tormenta y a sus tumultuosos pensamientos.

Agotada, volvió a bostezar.

—Estás cansada —dijo él entonces, levantándose—. Iré a preparar algo parecido a unas camas.

—Si me voy a dormir ahora me despertaré de madrugada. Es una pena que no tengamos cartas… podríamos haber echado una partida de póquer. O hacer solitarios.

—No creo que eso funcionara —murmuró Luke entonces, enigmático.

Sorrel se encogió de hombros. Las llamas bailaban delante de ella… atrayentes, seductoras.

Sería mejor dormir, pensó entonces. Ceder a la tentación estaba empezando a ser una idea peligrosa.

—No tendrás un cepillo de dientes, por casualidad.

—Ni cepillo ni pasta.

Ella dejó escapar un suspiro.

—La civilización tiene sus ventajas. Usaré un poco de sal.

—Yo llenaré la bañera de agua, por si acaso. Pero si quieres lavarte la cara con agua caliente tendrás que calentarla en la cocina de leña.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado.

—Si no hay luz, no hay agua caliente. Esto es territorio salvaje de Nueva Zelanda. Deberías haber ido a las Seychelles o a algún sitio sofisticado para pasar tus vacaciones.

No había intentado hacerle daño, pero la broma no le hizo ni la más mínima gracia.

Cuando estaba lavándose los dientes con sal, Sorrel oyó ruido en el pasillo.

—Salgo enseguida.

—Voy a subir a tu habitación para bajar la caja.

—Pesa demasiado. Baja toda la ropa que puedas… Espera, ahora te ayudo.

—No te muevas de aquí. Está demasiado oscuro.

Sorrel oyó sus pasos en la escalera. Vivir con Luke había sido una vez su única ambición, su único deseo. Y no lo consiguió.

Afortunadamente todo eso había quedado atrás.

Entonces, ¿qué sentía por él?

Los años lo habían cambiado mucho. Había en él una autoridad, una amargura que no tenía antes. Y el deseo que sentía por él solo era una respuesta involuntaria a su masculinidad, a su aura de primitiva sexualidad.

Excitante, incluso peligroso, pero sin sentido a menos que hubiese amor de por medio.

En lugar de cesar, la tormenta se había intensificado. Los relámpagos iluminaban las ventanas, casi atravesando las cortinas cuando Luke volvió al salón.

—Toma —dijo dándole un montón de ropa—. Vuelvo enseguida.

Sorrel colocó la ropa en dos montones… a considerable distancia, y tuvo que apartar a Baggie del suyo antes de tumbarse. El suelo enmoquetado que parecía cómodo cuando estaba sentada se convirtió en cemento.

Iba a ser una noche muy larga. Suspirando, se cubrió las piernas con un jersey de lana y dobló varias camisetas para que hiciesen de almohada.

Cerrando los ojos, intentó desesperadamente dormir, pero estaba demasiado tensa.

Cuando Luke volvió a la habitación, lo oyó echar más leña al fuego, pero no abrió los ojos.

—Buenas noches, Sorrel.

—Buenas noches.

La vieja casa crujía bajo la tormenta. Sorrel escuchaba el ruido del viento, imaginando las flores machacadas por la fiera lluvia.

Más tarde, Baggie se tumbó a sus pies y, poco a poco, consiguió quedarse adormecida. Pero despertaba cada vez que Luke se levantaba a echar algún tronco a la chimenea o cada vez que el gato se movía.

En aquel estado de duermevela, abrió los ojos y se encontró temblando.

—¿Qué ocurre?

—Nada, tengo frío.

Luke se levantó para echar otro tronco en la chimenea.

—El viento sopla hacia el sur, pero al menos ha dejado de llover.

—¿Ha vuelto la luz?

—Aún no.

Su voz sonaba tan cerca que abrió los ojos. Luke estaba en cuclillas frente a ella.

—¿Qué? —preguntó al sentir los dedos del hombre en la mejilla. Estaba caliente y tuvo que hacer un esfuerzo para no volver la cara hacia su mano—. ¿Qué ocurre?

—Estás helada.

Sorrel se apoyó en un codo y lo vio tomando la ropa que había usado como colchón.

—¿Qué haces?

—Intentando calentarte —contestó él, colocando la ropa a su lado. Después, se tumbó y la envolvió en sus brazos.

Sorrel tuvo que apretar los dientes. Luke desprendía tanto calor que le empezó a arder la cara. Y no solo la cara.

—Duérmete.

Su corazón latía tan fuerte que apenas oía la voz del hombre. «Duérmete». Eso tenía gracia. ¿Cómo iba a dormirse teniéndolo tan cerca?

Apenas se atrevía a respirar, pero hizo un esfuerzo por relajarse con las técnicas que conocía y que en tantas ocasiones le habían dado serenidad.

Pero aquella vez no funcionó. En lugar de serenarla, el ejercicio la mantenía despierta. Nunca se había sentido tan viva.

—Relájate —dijo Luke—. Estás más tensa que una cuerda de violín.

¿Tensa? Tenía un nudo en el estómago. Estaba tan excitada, tan consciente del cuerpo masculino que había a su lado que tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no dejarse llevar, para no apretarse contra él.

Como si hubiera leídos sus pensamientos, Luke se apartó un poco.

—Deja de portarte como una niña, Sorrel. Ya deberías saber que una erección es una respuesta normal en una situación como esta. No

voy a arrancarte la ropa.

—Pero…

—Duérmete.

Sorrel se sintió humillada, pero eso no erradicó el deseo. Muy bien, solo era otro cuerpo femenino para él, ¿por qué le dolía tanto?

Por fin, haciendo un esfuerzo, consiguió relajarse. Y al final el cansancio la venció. Pero soñó con la noche que Luke la había besado. Incluso en sueños respondía a ese beso y aquella vez él no se apartaba.

Y no se disculpaba después.

Aquella vez un beso se convertía en dos, en tres. Aquella vez no podrían volver atrás.

Capítulo 4

—Sorrel.

Solo una palabra, pero suficiente para despertarla. Cuando abrió los ojos, se encontró con los de Luke.

Aquello no era un sueño. Estaban tumbados en el suelo en la casa de Parenga y ella estaba apretada contra su pecho.

Medio dormida y borracha de sensaciones, Sorrel se dejó llevar por la tentación, levantando la cara hacia él. Luke dijo algo ininteligible… y entonces la besó; un beso posesivo, fiero.

Sorrel sentía un deseo primitivo, puramente carnal de estar con aquel hombre y, suspirando, enredó los dedos en su pelo.

Luke la besaba en el cuello, en los labios, como un hombre poseído, y ella suspiró de nuevo al sentir su mano bajo el jersey, buscando sus pechos.

Se sentía de fuego mientras él rozaba la delicada piel y sus roncos jadeos la excitaban aún más. Por una vez, Luke Hardcastle no podía controlarlo todo. La tocaba como un hombre que no podría parar aunque le fuese la vida en ello, casi como si se despreciara a sí mismo por desearla.

Levantando el jersey de un tirón, inclinó la cabeza para besar sus pezones y Sorrel sintió un escalofrío. La clara evidencia del deseo masculino se apretaba contra sus muslos. Su olor era delicioso, la tensión de su cuerpo infinitamente estimulante y no deseaba nada más que dejarse llevar por la tentación y encontrar lo que había buscado durante todos aquellos años. Sin pensar, levantó las caderas en un gesto involuntario.

Las llamas crepitaban en la chimenea iluminando el perfil de Luke, los ángulos simétricos de su cara, la boca aplastada contra la pálida piel de sus pechos.

Sorrel susurró su nombre mientras acariciaba su cara, deleitándose en el arrogante contorno del mentón.

Él se quedó inmóvil.

—No —dijo entonces, levantándose de un salto. Estaba de espaldas a ella con una mano apoyada en la pared, la otra apretada en un puño.

Sorrel se sintió humillada. Había ocurrido de nuevo… se sometía a la silenciosa promesa de sus caricias y entonces él le echaba su rendición a la cara.

Como había hecho diez años antes.

Pero aquella vez era mayor, capaz de soportar su rechazo. O, al menos, de recuperarse.

—Tienes razón. No ha sido buena idea.

—Pero inevitable. Y ahora sé que tus fotografías no estaban retocadas. Y que sigues besando como una sirena.

—Y tú eres un seductor, Estaba medio dormida, maldita sea.

—¿Ah, sí? No puedo controlarme cuando me despierto con una mujer en los brazos.

No, los años no hacían que el rechazo fuera más fácil.

—¿Estás insinuando que esto lo he provocado yo?

Luke no contestó inmediatamente. En lugar de hacerlo, se inclinó para echar dos troncos más en la chimenea con irritante lentitud.

—No —dijo por fin—. No sé quién ha empezado y da igual. Lo que importa es que esto no va a ninguna parte. Sé demasiado sobre las mujeres como tú.

—¿Mujeres como yo? ¿Qué quieres decir, que soy como tu madrastra? ¿Todas las mujeres guapas son avariciosas e inmorales?

—No tiene nada que ver con el aspecto físico.

—Entonces, ¿odias a todas las mujeres? Deberías ir al psicólogo. Luke.

—No soy misógino.

—Pues cualquiera lo diría —replicó Sorrel, levantándose.

—¿Dónde vas?

—Al cuarto de baño… si no te importa.

Luke sería un amante magnífico. ¿A cuántas mujeres habría besado, a cuántas les habría hecho el amor para adquirir tal confianza en sí mismo?

Probablemente demasiadas.

Con la puerta del baño cerrada, Sorrel se quedó de pie en medio de la oscuridad, temblando, jurándose a sí misma que aquello no volvería a ocurrir.

Luke no podía haber dejado más claro que la deseaba solo físicamente… para aliviarse, pensó, sintiéndose enferma.

Al menos había tenido la decencia de parar a tiempo. Ella no lo habría hecho, tuvo que reconocer. Había perdido por completo la cabeza.

¿Por qué la colocaba en la misma categoría que su madrastra? Eso le había dolido en el alma.

Pero debía volver al salón. El orgullo la impedía quedarse escondida en el baño.

Respirando profundamente, tuvo que apoyar las manos en el lavabo para recuperar la compostura.

Con Luke debía tener la guardia levantada y los nervios no ayudarían nada.

Cuando volvió al salón él no se había movido. Apretando los dientes, Sorrel empezó a colocar el montón de ropa al otro lado de la habitación.

—Voy a ver si se puede cruzar el puente.

—Voy contigo.

—No, quédate aquí. No hace falta que vengas.

Lo observó salir de la habitación, seguido entusiásticamente por Baggie. Los dos volvieron unos minutos después, llevando con ellos el frío del exterior.

—Aún no. Intenta dormir un poco más.

—Lo siento —dijo Sorrel entonces.

—Olvídalo —murmuró él, sin mirarla.

Pero cuando estaba tumbada de nuevo, intentando obstinadamente dormir, le preguntó:

—¿A quién estabas besando, Sorrel?

Ella aparentó no haberlo oído. Luke no dijo nada más y después de unos minutos supo que estaba dormido.

Era el último insulto. Ella no podía borrar el recuerdo de sus labios, de sus caricias y él se quedaba profundamente dormido, como si no hubiera pasado nada.

Debería haberlo imaginado, se dijo a sí misma. Diez años antes la besó apasionadamente para después apartarse y decir que el beso no había significado nada, que ella era una chica muy guapa. Simplemente.

Y al día siguiente, en una barbacoa en la playa, Luke conoció a Man O'Neill.

Sorrel había visto el brillo de sus ojos cuando repitió el nombre de la recién llegada. Man, una rubia bajita con muchas curvas y enormes ojos oscuros, pestañeaba seductoramente y Luke no intentó disimular sus miradas de admiración.

Y Sorrel tuvo que aceptar que el beso de la noche anterior no había significado nada para él. Intentando desesperadamente que Luke no viera su angustia, tuvo que soportar la barbacoa presenciando cómo crecía la atracción entre los dos.

Unos días más tarde, se encontró con Man y ella le hizo una pregunta sin andarse con rodeos:

—¿Hay algo entre Luke Hardcastle y tú?

—No —contestó Sorrel, levantando la barbilla.

Man asintió, satisfecha.

—Me lo imaginaba, pero la otra noche era tan protector contigo que pensé que podrías ser algo más que su «hermanita pequeña».

—No soy su hermana pequeña. Además, será Luke quien elija.

Man soltó una carcajada.

—No tienes madre, ¿verdad?

—No.

—Entonces, piensa en mí como en una hermana mayor y escucha esto: la que elige siempre es la mujer.

En el caso de Luke, no, pensó ella.

Una semana más tarde Man y Luke se habían convertido en pareja.

Herida en el alma, Sorrel aceptó la sugerencia de su padre de presentarse a un concurso de modelos y cuando, sorprendentemente, lo ganó, no dudó en aceptar el contrato con la agencia… en Nueva York.

Y dejó atrás a Luke.

Sorrel se despertó con los rayos del sol que entraban a través de las ventanas y el sonido del río deslizándose hacia el estuario.

Una mirada a su reloj le dijo que eran las ocho.

Cuando se estiraba tuvo que hacer una mueca de dolor. Estaba sola, tumbada sobre un montón de ropa. El fuego de la chimenea casi estaba apagado y Baggie, como buen traidor que era, se había marchado con Luke.

Luke.

Sorrel se levantó de un salto para apartar las cortinas y comprobar los destrozos que la tormenta había dejado en el jardín. El magnolio casi no tenía flores, pero florecería de nuevo al año siguiente.

De modo que debía aprender la lección, se dijo. Ella era tan dura como aquel árbol.

En la cocina encontró sus maletas y una nota:

Ya se puede cruzar el puente, pero aún no ha vuelto la luz porque la tormenta ha tirado varios postes. Ven a casa a ducharte y a desayunar. Baggie está conmigo.

Después de pensarlo unos segundos, decidió aceptar la invitación… aunque más que una invitación era una orden. Pero solo porque necesitaba desesperadamente una ducha.

Con un jersey de cuello alto color caramelo, pantalón vaquero y botas de piel, Sorrel guardó la bolsa de aseo y unas braguitas en la mochila y salió de casa.

Aunque el río no era ya el voraz monstruo del día anterior, seguía corriendo a toda velocidad cargado de ramas y piedras.

Sorrel caminó con cuidado por el puente, siguiendo las huellas que Luke había dejado en el barro.

Mientras paseaba por la carretera, respirando el aire fresco de la mañana cargado de olor a vegetación, se dijo a sí misma que no tenía por qué sentirse avergonzada.

Volver a Parenga estaba siendo más difícil de lo que había esperado, pero podía soportar el desdén de Luke. Aunque no tenía razón para ello. Era absurdo que la viera como a su madrastra.

Tampoco a ella le había gustado nunca Cherie. En realidad, no le caía bien a nadie y Luke tenía buenas razones para odiarla.

Pero juzgarla a ella por el mismo rasero solo porque tenían en común un físico atractivo era completamente ridículo.

¿Quién entendía a Luke? Desde luego, ella no. Pero en caso de que pensara que había vuelto a Parenga para tener una aventura con él, le dejaría bien claro que no iba a ser así.

Lo de la noche anterior había sido un error de juicio, pero los dos estaban medio dormidos…

Sin embargo, después de tantos años seguía deseándolo, tuvo que admitir entonces. Podría estar a salvo de él, pero ¿lo estaba de ella misma?

—Completamente a salvo —dijo en voz alta—. Solo tienes que recordar su expresión cuando se apartó de ti. Nunca más.

Pero su corazón anhelaba algo que nunca tuvo, que nunca tendría.

En ese momento vio a Baggie dirigiéndose hacia ella por la carretera, con la cola orgullosamente levantada.

—Hola, gordito —lo saludó, inclinándose para acariciarlo—. Esta mañana estás mucho más alegre.

El gato soportó sus caricias durante unos segundos antes de concentrar su atención en un pájaro que saltaba sobre las ramas de un árbol cercano.

—Ni lo sueñes. Los pájaros no están en tu menú, gordinflón.

Pero, aparte de su obsesión con las anguilas, Baggie no era un cazador serio, de modo que la siguió sin mirar atrás.

Sorrel sonrió al ver un tui, un pájaro autóctono de color azul, en las ramas de un viejo árbol. Tenía una capa de plumas blancas sobre los hombros y lanzaba gorgoritos mezclados con un sonido casi metálico.

—Canta bien, ¿eh, Baggie?

Ignorándola por completo, el gato volvió la cabeza. Un segundo después, el oído menos entrenado de Sorrel escuchaba ruido de cascos.

Su corazón dio un vuelco cuando vio a Luke montado a caballo. Llevaba un jersey negro de cuello vuelto y pantalones y botas del mismo color. Parecía un guerrero de otros tiempos, de cuando los bárbaros luchaban con un código del honor tan rígido corno sus armaduras.

—Buenos días —lo saludó ella, tragando saliva.

—¿A qué hora te has despertado? —preguntó Luke, saltando de la silla.

—Hace un rato.

—Tienes ojeras. Dormir en el suelo no te sienta bien, evidentemente. Llamaré al alcalde para pedirle que limpien la carretera lo antes posible. Cuando esté abierta podrás ir por los muebles.

—¿Así de fácil? ¿Chascas los dedos y el alcalde se pone a saltar?

Él se encogió de hombros.

—No pasa nada por recordarle que estamos sin luz.

Luke estaba acostumbrado a que lo obedeciesen, a dirigirlo todo. Pero no su vida, pensó Sorrel.

—Si me dejas el móvil, llamaré yo misma.

—¿Por qué?

—Porque es mi problema. Seguro que tú tienes un generador para

emergencias como esta.

—Por supuesto. Necesito un generador para controlar la temperatura de los establos.

—Yo me encargaré de todo —insistió ella—. Soy mayorcita. No necesito un hermano, ni un mentor.

Vio entonces un brillo salvaje en los ojos grises del hombre.

—Quizá llevas tanto tiempo fuera de Nueva Zelanda que has olvidado las obligaciones de un buen vecino.

—Hay buenos vecinos por todas partes. No solo aquí.

Luke acarició la cabeza de su caballo.

—Será mejor que nos vayamos. Mi caballo quiere desayunar y tú, me imagino, querrás ducharte —dijo entonces, subiendo de un salto a la silla—. ¿Quieres subir conmigo?

—Baggie y yo iremos andando, gracias.

Así le había robado el corazón. Ofreciéndole montar con él cuando volvía del pueblo. Hasta entonces, había sido el típico amor adolescente, de lejos. Pero aquel caluroso día se enamoró de Luke al poner los brazos alrededor de su cintura, al tenerlo tan cerca, al respirar su olor a hombre.

Por el brillo de sus ojos, Luke también lo recordaba. Dejó de mirarla solo cuando el caballo empezó a moverse nervioso. Sorrel observó sus largas piernas sujetando al animal.

—Nos vemos en casa —dijo con voz ronca.

Ella lo siguió, con desgana, preguntándose si montar como un centauro era algo natural o el resultado de que su padre lo hubiera subido a una silla incluso antes de enseñarle a andar.

La última vez que pasó por aquella carretera, Luke vivía en una vieja caravana aparcada cerca del río. Cherie se había hecho dueña de la mansión hasta que él consiguió recuperar lo que era legalmente suyo.

Podría haber echado a alguna de las familias que vivían en las casas de labor, pero su conciencia no se lo permitió. Y fue su determinación lo que consiguió devolver a Waimanu su antigua gloria.

Luke no tardó mucho en convertir la finca, echada a perder, en una próspera granja que vendía sus productos fuera y dentro del país. Cynthia le había ido contando sus progresos, su reputación como terrateniente y hombre de negocios.

Para él, aquello era una validación personal muy importante. El broche final: construir una casa nueva sobre los cimientos de la vieja mansión y borrar todos los recuerdos de su madrastra.

Perdida en sus pensamientos, Sorrel pasó bajo unos árboles, salió a un prado… y se detuvo, atónita.

Como modelo había sido fotografiada en casas preciosas por todo el mundo. Como famosa había acudido a fiestas en espléndidas

mansiones. Pero algo en aquella casa recortada contra las fértiles colinas de Wairnanu le tocó el corazón.

Era una auténtica mansión moderna, diseñada con gran talento y rodeada por un exuberante jardín.

Sorrel dejó escapar un suspiro de admiración. Pero se contuvo cuando vio a Luke dirigiéndose hacia ella.

Nerviosa, intentó colocarse la máscara que durante tantos años le había dado de comer. Luke Hardcastle ocupaba demasiado espacio… en todos los sentidos.

Sin embargo no pudo dejar de admirar el brillo de su pelo oscuro bajo los rayos del sol y la zancada larga, ágil, potente.

—Es una casa maravillosa.

—Gracias. El arquitecto hizo un buen trabajo. Intenté comprarle Parenga a Cynthia, pero no quiso vendérmela.

—Tu padre se la había vendido casi veinte años antes por un precio más que razonable.

—Lo sé. Estaba endeudado hasta el cuello por culpa de… Pero no importa, no soy sentimental.

«Por culpa de Cherie». No lo dijo, pero Sorrel sabía que se refería a ella. Juiciosamente, decidió cambiar de tema.

—Sé que las plantas crecen mucho aquí, pero esto es increíble. Esos árboles tienen que ser más viejos que la casa, seguro.

—Planté el jardín un año después de que tú te fueras.

Su tono al decir aquello hizo que en el cerebro de Sorrel sonase una alarma. Pero no entendía por qué. Plantar un par de hectáreas de terreno no era algo románticamente significativo.

Otro tui empezó a lanzar su extraño cántico desde las ramas de un kowhai.

—He metido en la nevera la comida que llevabas en la furgoneta.

—Gracias.

Luke había aparcado su furgoneta en el garaje y le pareció que estaba completamente fuera de lugar al lado de un BMW y un jeep nuevo.

—Entra, Sorrel —la invitó él, abriendo la puerta.

Capítulo 5

—Por aquí —dijo Luke, sonriendo cuando Baggie empezó a maullar, exigiendo su comida—. Habrá que darle el desayuno. Es la única forma de tomar el nuestro en paz.

—Gracias por cuidar de él —murmuró Sorrel.

—De nada. Es un gato tranquilo… excepto por cierta tendencia a dramatizar.

El vestíbulo era muy espacioso y bien iluminado, con suelos de madera clara y una hermosa escalera.

Luke abrió una puerta en el segundo piso.

—El dormitorio de invitados —dijo lacónicamente—. Tiene su propio cuarto de baño.

—Gracias, me muero por una ducha —sonrió Sorrel, admirando la decoración en color vainilla—. La necesito casi más que desayunar.

—Pues no lo parece.

—¿Ah, no?

—En absoluto. Pareces recién salida de una sesión de fotos —contestó Luke—. Las toallas están en el armario. Y el desayuno estará listo en media hora.

—Gracias. Muy amable.

—De nada. Hospitalidad del país.

Como diciendo «no es nada personal». Desde luego Luke Hardcastle podía ser muy grosero.

Cuando se quedó sola, Sorrel dejó escapar un largo suspiro. Media hora después tenía la piel brillante y el pelo limpio y seco.

Por alguna razón, se sentía más alerta que nunca, más llena de vida. Quizá por estar de vuelta en Nueva Zelanda. Pero no, no era eso. Aunque amaba su país, no era esa la razón para su dinamismo.

Tardó diez minutos en maquillarse y aunque buscaba un look sereno, había un rubor en sus mejillas y un brillo en sus ojos que ningún cosmético podía disimular.

—¿Qué más da? A él, desde luego, no le importa lo más mínimo.

Luke estaba en el pasillo cuando salió de la habitación. También él se había duchado y cambiado de ropa: camiseta blanca y vaqueros de diseño, algo que Sorrel reconocía inmediatamente.

—¿Tienes hambre?

—Sí —contestó ella, preguntándose por qué se mostraba tan antagónico—. Espero que a tu ama de llaves no le importe tener mi comida en la nevera.

—¿Por qué iba a importarle?

—La mayoría de las mujeres son posesivas con sus dominios. Conozco gente que no entra en su cocina porque la cocinera podría enfadarse.

—La nevera es mía. Y la comida también, excepto la tuya, claro. Además, Penn no es tan tonta. ¿Qué te apetece desayunar?

—Huevos revueltos. Se me da de maravilla hacer huevos revueltos.

Quince minutos más tarde, Luke la miraba, sorprendido.

—Estaban riquísimos. ¿Dónde has aprendido a cocinar?

—Me enseñó Cynthia. Cuando tenía doce años se quedó horrorizada al ver que no sabía hacer ni un huevo frito y me enseñó los rudimentos de la cocina.

—¿Recuerdas a tu madre?

Sorrel levantó la mirada. La luz del sol que entraba por la ventana iluminaba el cabello oscuro del hombre y sus hermosas facciones. Luke tenía unas pestañas que serían la envidia de cualquier mujer. Pero aunque eran largas, oscuras y naturalmente rizadas, no suavizaban sus rasgos.

—Recuerdo cosas —contestó, sirviéndose una taza de café—. Tenía cuatro años cuando murió, pero recuerdo que solía cantarme. Y la recuerdo riéndose con mi padre. También recuerdo lo vacía que se quedó la casa cuando ella murió. Mi padre nunca volvió a enamorarse.

—Cynthia me contó que no fue capaz de centrarse en nada.

—Sí, es verdad. Siempre fue muy inquieto, pero la cosa fue a peor tras la muerte de mi madre.

—Así que tuviste una vida nómada.

—Más o menos. Pero el pobre lo intentó. Además, siempre supe que me quería. ¿Tú te acuerdas de tu madre?

—Muy bien —contestó Luke, levantándose para abrir la ventana que daba al jardín—. Yo tenía ocho años cuando escapó de Waimanu.

—¿Se escapó? No te entiendo.

—Abandonó a mi padre… y a mí. Me sorprende que no te lo hayan contado. Se casó con un australiano muy rico y sigue con él, según creo.

—¿Según crees?

—Solo la he visto dos veces desde que dejó Waimanu.

Sorrel estaba sorprendida.

—¿Tu padre no te dejaba ir a verla?

Luke se encogió de hombros.

—Ella no quería verme.

¿Qué clase de mujer dejaría atrás no solo a su marido sino a su hijo?, se preguntó Sorrel.

—No lo sabía.

—Da igual. Crecí como un pequeño salvaje. Por extraña que fuera, aquella era la única respuesta que iba a recibir, estaba segura.

Luke tomó una pelota de tenis y la lanzó con fuerza hacia un halcón que se había lanzado sobre su presa: una pata que llevaba a sus patitos hacia el estanque.

La pelota dio donde él quería, en el suelo, y el rebote asustó al predador.

—Bien hecho —sonrió Sorrel.

Pero había tenido que disimular la respuesta que ese agresivo gesto despertó en ella. Una respuesta cruda e inesperada.

Se había convertido en una conocedora del cuerpo masculino después de trabajar durante años con modelos que se pasaban horas en el gimnasio haciendo músculos. Luke seguramente nunca había pisado un gimnasio. Ancho de hombros, estrecho de caderas, con un trasero pequeño y apretado, su extraordinario físico era debido a largas horas de trabajo bajo el sol y la lluvia.

Y ella lo deseaba con tal fuerza que casi se sentía avergonzada.

Deseaba a Luke Hardcastle. De hecho, solo lo deseaba a él.

Durante aquellos años había conocido a muchos hombres; hombres atractivos, guapos, interesantes. Pero ninguno había despertado en ella tal interés.

Incluso creyó amar a un par de ellos… sin embargo, hacer el amor siempre había sido una desilusión.

Pero Luke, un hombre que ni siquiera le gustaba mucho, podía hacer que se derritiera con una sola mirada.

El sol iluminaba su bronceada piel, haciendo brillar los ojos grises con un raro, fugitivo reflejo azul. Bajo su físico perfecto había fuego, una experiencia sexual innata que era inmediatamente reconocida por cualquier mujer.

Sorrel levantó la taza de café con manos temblorosas. ¿Tan frívola era que el sexo significaba para ella más que las otras cualidades que valoraba en un hombre: cariño, respeto, amabilidad, inteligencia?

No. Pero, ¿qué era lo que hacía de Luke un hombre completamente diferente a los demás?

—Tengo que admirar al halcón. Es persistente —dijo él entonces, sentándose de nuevo.

—Pobres patitos.

—Eran presa fácil. Entre los halcones y las anguilas, no sobrevivirá casi ninguno, pero intento equilibrar la balanza en lo posible.

—Me gusta ver que muestras tu lado maternal.

Él no dijo nada. Pero su aspecto, el tono de su voz, cada una de sus acciones demostraban que era un hombre acostumbrado a respetar sus promesas. No tenía que proclamar su masculinidad, estaba allí, como su formidable inteligencia.

Quizá ella era como esos patitos, pensó Sorrel con una desesperación cercana al pánico. Quizá él le había dejado una huella tan profunda a los dieciocho años que ningún hombre resistía la comparación.

No, aquello era ridículo. Todas las mujeres recuerdan su primer

amor.

—¿Le pasa algo al café? —preguntó Luke entonces.

—¿Perdona?

—Llevas un rato intentando llevarte la taza a los labios.

—Está muy rico —contestó ella—. Espero que tarden poco en abrir la carretera —añadió entonces, sin saber qué decir.

—No te preocupes por eso.

—Para ti es fácil, con el generador… Y aunque tu casa es preciosa, yo quiero volver a Parenga.

Luke sostuvo su mirada durante los segundos más largos de su vida, antes de mirar el reloj.

—Voy a llamar a Forbes.

—Lo haré…

—Sorrel, tómate el café. Tengo que hablar con mi capataz para ver si ha habido desperfectos en la finca. Después llamaré al alcalde.

—No vuelvas a interrumpirme —dijo ella entonces, furiosa—. Y no me digas lo que tengo que hacer como si fuera una niña pequeña. Es una grosería y no pienso soportarlo.

—Muy bien, es una mala costumbre —admitió Luke—. Supongo que por ser hijo único.

Aunque no quería, Sorrel tuvo que sonreír. Él rió suavemente, pasando una mano por su pelo. Fue una caricia rápida, apenas un roce. Pero provocó un incendio en su interior.

Inquieta, salió a la terraza y observó el jardín, tras el que podía ver las aguas rojizas del río. Las abejas revoloteaban sobre las flores, el halcón seguía haciendo círculos en el cielo y… ella tenía un nudo en el estómago.

Quizá debería darle la espalda a Luke Hardcastie y a Parenga. Podría marcharse antes de que aquello la afectase demasiado. Tenía dinero ahorrado para sobrevivir durante seis meses, menos si tenía que pagar un apartamento.

Pero aunque sería imposible resucitar su carrera como modelo, estaba segura de poder conseguir un empleo en el mundo de la moda.

El problema era que no deseaba volver al mundo de la moda y, si se iba de Parenga, decepcionaría a Cynthia. Por alguna razón había sido muy importante para su madrina que pasara seis meses en la casa.

Lo haría por Cynthia, decidió.

Cuando Luke estaba cerca perdía los nervios, se comportaba como una cría, pero estaba a salvo; él no la deseaba.

Sorrel volvió a la cocina para limpiar la mesa. Cuando Luke volvió, estaba guardando el zumo de naranja en la nevera.

—La carretera de Hardcastle es la última de la lista. No sabían que habías vuelto, pero de todas formas las otras carreteras están más habitadas que esta. Y hasta que no limpien la colina de McLeod no

tendremos luz.

—¿Cuánto tiempo tardarán?

—Seguramente veinticuatro horas.

—¡Pero bueno… un día entero sin luz, es increíble!

—Estamos en el norte de Nueva Zelanda, Sorrel. Y el mundo no gira a tu alrededor. La tormenta de ayer fue muy fuerte y ha tirado muchos postes. Pero no importa, puedes quedarte aquí.

—Gracias por la invitación, pero no hace falta. Me las arreglaré en Parenga.

—¿Cómo? ¿Vas a vivir en una casa sin muebles, sin mantas, con nada para calentarte más que la chimenea?

Sorrel se dio la vuelta con un gesto seductor que seguramente había practicado cientos de veces con los fotógrafos de moda.

—No es problema tuyo.

—¿Esperarías que dejase sola a Cynthia en estas circunstancias?

Luke esperó la siguiente objeción, preguntándose para qué se molestaba. ¿Por qué no la dejaba volver a Parenga y que se apañase como pudiera? Sorrel no significaba nada para él.

Nada más que problemas.

Se odiaba a sí mismo por desearla, aunque fuera solo algo sexual. No debería haberla abrazado por la noche porque le hizo recordar…

Sin embargo, no podía dejarla ir.

—Yo no soy Cynthia —dijo Sorrel—. Cynthia era mayor. Nadie esperaría que durmiese en el suelo. Es muy amable por tu parte, pero…

—No soy amable —la interrumpió Luke.

—Mira, no quiero ser un estorbo.

—A menos que te quedes en la furgoneta o duermas en el suelo, no puedes hacer nada más —dijo él, metiendo los cubiertos en el lavaplatos.

—Podrías prestarme un colchón.

—No tengo colchones de sobra.

—Pero esta casa debe tener cuatro habitaciones por lo menos.

—Cinco.

—Pues entonces podrías prestarme un colchón.

—No puedo —dijo Luke—. Además de la mía, la única habitación que tiene muebles es la que has visto antes. Déjalo, Sorrel. Tendrás que venir aquí a ducharte y a comer, así que también puedes quedarte a dormir.

Sorrel decidió dejar de discutir. Luke era un hombre duro, pero había en él una vena protectora que no podía evitar.

—Sigues siendo tan dictatorial como siempre. Pero yo no soy uno de esos indefensos patitos.

—Y tú me ves como un predador, como un halcón, ¿no? Supongo que la noche anterior te mostró que estás a salvo conmigo —replicó él

—. No exigiré ningún pago a cambio de prestarte una cama.

Su fría mirada dejaba claro que no sentía nada por ella. Y tampoco Sorrel sentía nada por él, más que un deseo puramente sexual, una respuesta física brutal a la que no pensaba rendirse. Quería mucho más de un hombre que sexo sin emoción, por magnífico que fuera.

—Por supuesto, no espero que me exijas que me acueste contigo a cambio de una cama —replicó, controlando sus caóticas emociones.

—Entonces, no hay razón para que vuelvas a Parenga hasta que tengas los muebles y hayan arreglado el problema de la luz.

Sorrel levantó los ojos al cielo.

—Muy bien. De acuerdo. Pero eres tan cabezota como una mula.

—Eso dicen.

Intentando encontrar la serenidad que tanto le había costado adquirir, Sorrel abrió el armario que había bajo el fregadero.

—Deja eso —dijo Luke al ver que sacaba el detergente.

—¿Por qué?

—Mi ama de llaves se encarga de la limpieza.

—¿Y cómo va a llegar hasta aquí tu ama de llaves? ¿En globo?

—Vive encima del garaje. De hecho, estará a punto de bajar.

—Ah, ya veo.

En la cocina no había suficiente sitio para los dos. Aunque no era un problema de espacio. Sencillamente, Luke Hardcastle, con su gesto hosco, hacía que cualquier lugar pareciese pequeño.

Sorrel recordaba ocasiones en las que Cynthia lo había invitado a cenar y lo llenaba de atenciones; atenciones que él soportaba con una sonrisa. Su madrina le había dicho una vez que así lo compensaba en cierto modo por haber comprado una casa que fue de su familia.

Luke era muy joven para asumir la responsabilidad de Waimanu, pero nunca pidió compasión. Además, con gran inteligencia, usó el poco dinero que dejó su padre para recuperar la herencia, medio perdida entre carísimas minutas de abogados.

El sonido de una puerta hizo que Sorrel volviera la cabeza; una mujer de unos cuarenta años acababa de entrar en la cocina. La sonrisa desapareció de sus labios, reemplazada por una mirada interrogante dirigida a Luke.

—Sorrel, te presento a Penn Turner, mi ama de llaves. Sorrel es la propietaria de Parenga, pero se quedará aquí hasta que vuelva la luz.

Penn, una mujer morena de aspecto decidido, le quitó el estropajo de las manos.

—Deja, lo haré yo.

—No pasa nada.

—Los invitados no friegan los platos… ni llenan el lavavajillas. Así que fuera de aquí los dos.

Sorrel sonrió.

—Como quieras.

Salieron de la cocina y ella se volvió, irónica.

—Sorrel se quedará aquí hasta que vuelva la luz —dijo, imitando la voz de Luke—. Deberías haberla avisado antes.

—¿Por qué?

—Porque ahora tendrá que cocinar para dos.

—Así es la vida —suspiró él, encogiéndose de hombros—. Me temo que por aquí no hay ningún restaurante. ¿Qué piensas hacer hoy?

—Limpiar un poco la casa.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Limpiar la casa.

—Pero necesita una mano de pintura y hacer muchas reparaciones… y el jardín necesita considerable atención. ¿Piensas hacer todo eso tú sola?

—Haré lo que pueda. Desde luego, no pienso pasarme el día pintándome las uñas. Si no te importa decirme dónde están las sábanas, voy a hacer mi cama.

—¿Sabes cómo hacerlo?

Sorrel lo miró directamente a los ojos.

—¿Por qué eres tan ofensivo? Me hago la cama todos los días. ¿Y tú?

—También —contestó él, mirando el reloj—. Tengo que hacer una llamada, pero le diré a Penn que te dé un juego de sábanas.

—Soy mayorcita, Luke. Ya es hora de que te des cuenta. Sé muy bien lo que estoy haciendo.

—La mayoría de las mujeres parecen haber nacido sabiéndolo.

—Eso suena a comentario misógino.

—Te equivocas. No odio a las mujeres.

—Pero no confías en ellas.

Con una sonrisa muy parecida a la de un león antes de lanzarse sobre su presa, Luke contestó:

—Yo confío en cualquiera que se gane mi confianza.

Sorrel sintió un escalofrío, pero no dijo nada. Cinco minutos después estaba colocando sus cosas de aseo en el cuarto de baño cuando oyó un golpecito en la puerta.

Era Luke, con un juego de sábanas en la mano.

—¡Teléfono! —oyeron entonces la voz de Penn en el pasillo—. Es el señor Sutherland.

—Voy enseguida.

Luke le dio las sábanas y se alejó hacia el despacho. Sorrel estaba colocando el edredón, de color vino blanco, cuando llamaron de nuevo a la puerta.

—Entra —dijo, pensando que sería Penn.

Pero no era el ama de llaves. Era Luke de nuevo.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Me voy a Auckland.

—¿Cómo?

—En helicóptero. ¿Quieres venir?

—No, gracias.

—No estaré de vuelta hasta mañana, pero puedes pedirle a Penn lo que necesites.

—No necesito nada, gracias. Comparada con el suelo de Parenga, esta cama es un regalo del cielo.

—Opino lo mismo —dijo él, enigmático. Sorrel recordó entonces los besos de la noche anterior y, sin poder evitarlo, se puso colorada.

—Que tengas buen viaje.

Sin decir una palabra más, Luke cerró la puerta. Ella se dejó caer sobre la cama, acariciando el edredón de seda. La noche anterior en los brazos de Luke… pero no quería recordarlo.

Otro golpecito en la puerta la hizo sonreír. Aquella habitación parecía el aeropuerto de Nueva York.

Era Penn.

—Ah, ya has hecho la cama. Venía a hacerla.

—No quiero que te molestes por mí.

—Es mi trabajo. Vendré a limpiar el baño cuando salgas.

—También puedo hacerlo yo —sonrió Sorrel.

—Creo que a Luke no le haría gracia que sus invitados se dedicasen a limpiar.

—Pero yo, en realidad, no soy una invitada. Soy una vecina.

—Me parece muy bien. Yo solo, digo que estoy aquí para cuidar de la casa.

Sorrel tuvo la impresión de que a Penn no le caía muy bien. Pero no sabía por qué.

Debía volver a Parenga. Necesitaba estar sola. Unos minutos después salió de la habitación con la mochila al hombro y se encontró con Luke en el pasillo. Él se detuvo al verla y Sorrel se alegró de haber aprendido a caminar con gracia, sin dejarse afectar por las miradas de los demás.

—Me marcho.

—Penn dice que no confías en ella.

—¿Cómo? ¿Por qué dice eso? Solo le he dicho que yo misma puedo limpiar el baño.

—Pero su trabajo es limpiar la casa. Me sorprendes, Sorrel.

—¿Porque sé hacer una cama y limpiar un cuarto de baño? He vivido en muchos hoteles, pero tenía mi propio apartamento en Nueva York. No creas que las modelos viven una vida de lujo asiático, Luke —replicó ella—. Que lo pases bien en Auckland.

Después, se dio la vuelta con la espalda más recta que nunca y

sintió los ojos del hombre clavados en su espalda hasta que desapareció por la esquina.

¿Por qué la habría acusado Penn de no confiar en ella?

Capítulo 6

Sorrel se acercó a la ventana al oír el ruido de un helicóptero mientras inspeccionaba el dormitorio principal de Parenga. No podía verlo desde allí, pero se preguntó para qué tendría Luke que ir a Auckland.

—No es asunto mío —murmuró, mirando alrededor. Además, tenía mucho trabajo que hacer—. Será mejor que haga una lista —dijo entonces mirando a Baggie, que estaba cómodamente tumbado cerca de la ventana.

El animal bostezó, aburrido, antes de cerrar los ojos de nuevo y Sorrel sonrió mientras bajaba al primer piso para buscar su ordenador portátil, reliquia de una época en la que necesitaba llevar agenda.

Dos horas más tarde miraba la pantalla con un nudo en la garganta. No había contado con tener que hacer tantas reparaciones. Y solo anotó las más visibles; seguramente habría problemas de los que aún no se había percatado.

¿Cuánto le costaría todo aquello?

—La limpieza, lo primero —le dijo a Baggie—. Ojalá abran la carretera lo antes posible. Necesito cosas… bueno, le pediré a la tal Penn que me preste un cubo y algo de detergente.

Era la hora de comer, de modo que bajó paseando hasta Waimanu.

—Hola —dijo, entrando en la cocina.

Sobresaltada, Penn dejó caer una cacerola en el fregadero.

—Qué susto me has dado —murmuró, llevándose una mano al corazón.

—Perdona, no quería asustarte.

—No pasa nada. Es que cuando estoy sola me pongo un poco nerviosa. La comida está lista. He preparado un bufé en el comedor.

—Gracias —murmuró Sorrel, pensando que, a partir de entonces, debía llamar antes de entrar en Waimanu—. ¿Cuándo aprendió Luke a pilotar helicópteros?

—Hace cuatro o cinco años… y se compró uno, por cierto. No podría manejarse sin él. Llevar una granja tan grande como esta requiere muchos viajes, Además, él lleva una vida social bastante movidita —sonrió el ama de llaves—. Esta noche va a un estreno de cine con su amiga, la señorita O'Neill.

A pesar de que ese nombre le encogió el corazón, Sorrel consiguió permanecer impasible.

—Qué bien.

—Supongo que tú irías a muchos cuando eras modelo.

—Sí, a muchos.

—Debía de ser muy emocionante que todos los periodistas te hiciesen fotografías, ¿no?

—Te acostumbras a todo. Una de las cosas buenas de ser modelo es que, como vas de objeto decorativo, nadie espera que digas nada inteligente, así que no te ametrallan con los micrófonos.

Penn la miró, sorprendida.

—Ah, ya veo. En fin, yo estoy aquí para lo que necesites. Si quieres algo, solo tienes que pedírmelo.

—Pues mira, me haría falta…

Una hora más tarde volvía a Parenga con un cubo lleno de paños y productos de limpieza. El ama de llaves se lo había dado con una sonrisa incrédula, como si no la creyera capaz de limpiar nada.

—Le demostraré que puedo hacerlo —dijo Sorrel entre dientes—. A ella y a cualquiera que me crea un objeto decorativo.

Las horas que pasó limpiando la ayudaron a olvidar los celos que había sentido cuando Penn mencionó el nombre de Man O'Neill. Fregando a mano el suelo de la cocina consiguió no imaginarla haciendo el amor con Luke… más que cada diez minutos.

Cuando volvió a Waimanu estaba agotada, deseando darse una ducha, cenar y meterse en la cama. Cuando por fin salió de su habitación, después de un largo baño relajante, Penn estaba esperándola en el pasillo.

—¿Por qué no te sientas un rato en el salón? Te llevaré una copa y serviré la cena cuando estés lista.

—Estoy un poco cansada y supongo que tú tienes mucho trabajo, así que no te molestes por mí. Es absurdo que me hagas la comida cuando puedo hacerla yo.

—A Luke no le haría ninguna gracia —dijo Penn entonces, como si los deseos de Luke Hardcastle fueran edictos grabados en piedra.

¿Por qué no le caía bien?, se preguntó Sorrel. Si Man O'Neill seguía saliendo con Luke después de tantos años, ella no era ninguna amenaza.

Quizá porque una mujer que trabajaba en Auckland no podría interferir con su posición en Waimanu, pero una que vivía en Parenga… O quizá porque le caía bien Man. Era normal, a todo el mundo le caía bien Man.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Penn entonces, casi exigiendo que obedeciese.

—Nada, gracias. Me llevaré la cena en una bandeja a mi habitación.

—Pero…

—Gracias —dijo Sorrel con firmeza.

—Bueno, si eso es lo que quieres…

—Eso es lo que quiero.

Sorrel esperó hasta que la mujer desapareció por la escalera para entrar en la habitación. Desde las ventanas se veía un paisaje precioso, pero no la calmaba en absoluto.

Y tampoco la calmó hacer meditación más tarde. Después de unos veinte minutos muy frustrantes en los que no podía dejar de imaginar a Luke con Man, abrió los ojos.

La soledad le encogía el corazón. Su mejor amiga, Emma, vivía a una hora de allí, pero estaba en Canadá y no volvería hasta tres semanas más tarde. Sería estupendo vivir cerca de ella y de su ahijada Cressy, una preciosa niña de cuatro años.

Sorrel se mordió los labios. Quería mucho a Cressy, pero le gustaría tener sus propios hijos algún día. Abrazar a la niña seguramente había puesto en marcha su reloj biológico, pero… ¿por qué pensaba en ello justo en aquel momento?

—Por favor —murmuró intentando apartar de su mente la imagen de Man O'Neill.

¿Habría pensado Luke en Man por la noche, mientras estaba besándola?

Quizá sí, pero sabía muy bien quién era cuando empezó a acariciar sus pechos. Además, Luke no era un hombre desleal.

De modo que la relación que tuviese con Man no podía ser nada realmente serio. ¿O estaba otorgándole virtudes que no tenía?

No sabía lo suficiente sobre Luke como para estar segura.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—¿Sentada en la oscuridad? —preguntó el ama de llaves.

—Estaba disfrutando del paisaje a la luz de la luna.

—Es precioso, ¿verdad? Toma, te he traído la bandeja con la cena.

—Gracias.

—De nada. Me voy a la cama, pero quería recordarte que la casa tiene una alarma de seguridad. Si necesitas salir de la habitación deberías hacerlo ahora, antes de que la conecte.

Bonita forma de decirle que nada de pasearse por la casa mientras ella no podía vigilarla, pensó Sorrel. O quizá estaba siendo demasiado suspicaz.

—Gracias, no necesito nada.

—Muy bien. Buenas noches.

Cuando se quedó sola volvió a la ventana. Si se inclinaba un poco, podía ver el tejado de Parenga…

Había llegado allí con tantas ilusiones, esperando encontrar una nueva vida… y había visto aplastadas sus esperanzas en menos de veinticuatro horas.

Estaba convencida de que Luke no significaba nada para ella, pero una sola mirada la obligó a reconocer que despertaba la misma reacción que diez años antes.

Pasar la primera noche en sus brazos había sido una jugarreta del destino. Y pensar en ello le hacía un nudo en el estómago.

—Es degradante —murmuró, mirando alrededor.

¿Por qué Luke no había amueblado ninguna habitación más que aquella y la suya propia?, se preguntó entonces.

Quizá porque esperaba que lo hiciese Man.

—Por Dios…

Sorrel fue al cuarto de baño a lavarse las manos. Si Parenga le estaba haciendo aquello en veinticuatro horas, ¿cómo iba a aguantar seis meses?

—Porque tienes que hacerlo —se dijo a sí misma—. Y porque Cynthia lo hubiera querido.

Aquella obsesión con Luke era solo una resaca de la adolescencia, algo que tenía que olvidar de una vez por todas.

Y lo haría dedicándose a rehabilitar Parenga. No le daba ningún miedo el trabajo duro.

Mientras se lavaba las manos, se preguntó si llevaría a Luke siempre en el… no, en el corazón no. No lo amaba, era solo una cuestión física, estaba segura.

Otras mujeres suspiraban sentimentalmente al recordar su primer amor, pero tenían los recuerdos guardados en una caja junto con un montón de cartas.

¿Por qué no era así con Luke? Nunca había podido olvidar aquel verano, aquel beso.

Un beso. Era absurdo que toda su vida se basara en algo tan pequeño. Pero si cerraba los ojos podía ver su cara, el brillo de sus ojos, sentir el roce de sus labios…

«Eres tan preciosa», le había dicho.

Hipnotizada por su proximidad, Sorrel no se dio cuenta de que en su tono había remordimiento.

No sabía qué hacer, no tenía experiencia, pero había visto en las películas que las chicas abrían los labios y ponían una mano sobre el pecho del hombre… no esperaba la reacción de Luke. Como un lobo, la estrechó entre sus brazos y buscó su boca, hambriento. Ella se derritió, sumisa y a la vez exigente.

—Sí, fue maravilloso, pero no olvides lo que pasó después —se recordó a sí misma, mirándose al espejo—. Se apartó, como hizo anoche, te pidió disculpas abruptamente… y te dijo que no volvería a pasar.

Pero fue la nota de desdén en su voz, de desdén por su propia debilidad, lo que Sorrel recordaba mejor.

La había besado con una intensidad que aún seguía dándole escalofríos después de diez años, pero se despreciaba a sí mismo por ello.

Sin embargo, a pesar de todo, Luke la deseaba. Eso estaba claro. ¿Por qué no mantener una aventura y calmar así el gusanillo que llevaba guardado durante diez años?

La realidad de una aventura, sexo sin compromiso, reemplazaría esos místicos recuerdos. Ningún hombre podría estar a la altura de la imagen que ella misma había creado de Luke Hardcastle.

La idea le resultó muy atractiva, pero pronto la descartó. El instinto le decía que ser la amante de Luke no lo borraría de su vida; la cambiaría para siempre.

Además, lo de la noche anterior le había confirmado que Luke no sentía por ella más que un crudo deseo físico. Y ella se merecía algo más.

Tenía que reconstruir su vida y Parenga era el primer paso. Encontraría las fuerzas necesarias para resistir la atracción que sentía por su arrogante vecino.

Y probablemente él estaría de acuerdo con esa decisión.

Al día siguiente limpiaron la carretera y levantaron los postes de la luz, de modo que Sorrel tomó sus cosas, se despidió de Penn y volvió a Parenga.

Por la tarde fue a Kerikeri a sacar las pertenencias de Cynthia del guardamuebles. Los muebles quedaron amontonados en el garaje, pero así se ahorraría el dinero del alquiler.

Los días pasaban sin que se diera cuenta. Sorrel compró pintura y trabajó tanto que por las noches caía rendida en la cama.

Lo difícil era quedarse dormida. El recuerdo de Luke, de los besos de Luke, la mantenía despierta hasta muy tarde.

Aquel día, una semana después, Sorrel volvía de la playa preguntándose dónde estaría. No había vuelto de Auckland, aunque supuestamente solo había ido para un día.

—Olvídalo —se ordenó a sí misma, irritada.

Estaba llegando el verano y aparecían otras flores, hibiscos, agapantos y lirios. Pero el jardín tendría que esperar a que hubiese terminado con la casa.

La semana siguiente estaría dedicada a cuidar y barnizar los muebles de su madrina. Y vender algunos de aquellos tesoros le proporcionaría el dinero que necesitaba para cambiar las viejas cadenas.

—Y esta noche pienso darme un baño de espuma —le dijo a Baggie, que caminaba a su lado, con la cola orgullosamente levantada.

Diez minutos más tarde se metía en una bañera con burbujas y aceite relajante, suspirando de placer.

—Qué maravilla —murmuró, cerrando los ojos.

No quería quedarse dormida, pero…

—¡Sorrel, Sorrel! ¿Dónde demonios estás? —una agresiva voz masculina la sobresaltó.

Se había hecho de noche y el cuarto de baño estaba completamente a oscuras.

—¡Aquí! —respondió ella, nerviosa, buscando la toalla.

—¿Dónde?

Llevaba tanto tiempo dentro del agua que cuando intentó levantarse le fallaron las piernas.

—¿Qué…?

Luke entró en el cuarto de baño y Sorrel intentó taparse con la toalla.

—¡Te has quedado dormida en la bañera? ¡No me lo puedo creer!

—No estaba dormida…

—¡Podrías haberte ahogado!

—¡No me he ahogado! —replicó ella—. Estaba relajándome, simplemente. Y, por favor, sal de aquí ahora mismo.

Haciendo oídos sordos, Luke la tomó por la cintura y la sacó de la bañera.

—Te estoy empapando…

—¡Maldita sea, Sorrel! —exclamó él, tomándola en brazos.

—¡Suéltame!

—¿Puedes caminar?

—Claro que puedo.

—¿Cuánto tiempo has estado dentro del agua?

—No lo sé… una hora o algo así.

—¿Estando sola en casa? ¿Y si te hubieras desmayado? ¿Y si hubieras sufrido una bajada de tensión?

—¡No me he desmayado, estaba relajándome! —replicó Sorrel.

—¡Llevo diez minutos llamándote desde abajo y no me has oído!

—No te he oído. ¿Y qué?

Afortunadamente estaban a oscuras, de modo que Luke no podía ver su cuerpo desnudo.

Al entrar en la habitación se dio un golpe en la espinilla y lanzó una retahíla de maldiciones. Después, la dejó en el suelo. Antes de que ella pudiera protestar, empezó a secarla como si fuera una niña.

—Puedo hacerlo yo…

—No te preocupes, en este momento me apetecería más darte un par de azotes que hacerte el amor.

—Puedo secarme sola —repitió Sorrel.

—Muy bien, hazlo.

—¡Sal de aquí!

Baggie, que había aparecido de repente, observaba la escena como si fuera un espectador en una obra de teatro.

—¿Seguro que puedes hacerlo sola?

—Claro que sí.

—Muy bien. Voy a hacer un té. Si necesitas algo, llámame.

Cuando Luke cerró la puerta, Sorrel se dejó caer sobre la cama, temblando.

Intentó secarse, pero la verdad era que no tenía fuerzas. Se había quedado dormida en la bañera y si Luke no hubiese aparecido…

Nerviosa, abrió el armario y sacó una falda y un top sin mangas. Afortunadamente, no tenía que ponerse sujetador, porque no habría podido abrocharlo.

Incluso ponerse el top le costó trabajo, pero estaba peinándose cuando Luke volvió a entrar. Sin llamar.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente, como puedes ver.

Luke sabía que había llegado justo a tiempo, que si hubiera tardado un poco más seguramente se habría deslizado bajo el agua… no quería ni pensarlo. Y Sorrel no pensaba admitirlo, evidentemente.

Se apartó para dejarla pasar y, al hacerlo, respiró un perfume que lo llevó atrás en el tiempo. Cynthia le había regalado aquel perfume el día que cumplió dieciocho años. Y quizá Sorrel, pensó él echando mano de un cinismo necesario para evitar la humillante esclavización de sus sentidos, se lo había puesto porque sabía que el perfume se queda grabado en la memoria.

Con la cara lavada, el pelo mojado y ojeras, estaba preciosa… más preciosa que en aquellas fotografías en las que aparecía semidesnuda. Y sonreía como invitándolo…

Furioso, la siguió por el pasillo, lo suficientemente cerca como para sujetarla si caía al suelo.. No fue así, pero notó que caminaba con dificultad.

Sorrel se dejó caer sobre una silla de la cocina, con un poco más de color en las mejillas.

—A partir de ahora pondré un despertador cada vez que me meta en la bañera —dijo, sin mirarlo.

—Supongo que no servirá de nada pedirte que vengas a mi casa.

—No —contestó ella.

Parecía tan frágil que Luke hubiera deseado llevarla en brazos a su casa… y una vez allí la habría encadenado a su muñeca. Pero no podía hacerlo. Intentando contener la indignación, puso frente a ella una taza de té.

—Siempre has sido muy cabezota.

—Mira quién habla.

—¿Por qué estabas tan cansada? ¿Qué has estado haciendo?

—He estado lijando unas estanterías —contestó Sorrel, sujetando la taza con las dos manos—. ¿Quieres meter tu camisa en la secadora? Está mojada.

—No. gracias. Penn me ha dicho que llevas toda la semana trabajando como una fiera. ¿Estás intentando probar algo?

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. ¿Cuáles son tus planes?

—Si me quedo, he pensado abrir un hotel aquí.

Luke apretó los dientes.

—Ni lo sueñes —dijo en voz baja—. Necesitarás un permiso para eso.

—He hablado hoy con el concejal y me ha dicho que no habría ningún problema… a menos que algún vecino pusiera objeciones. ¿Vas a poner objeciones, Luke?

Capítulo 7

—Necesito más información. Tómate el té y ven a cenar conmigo a Waimanu. Allí me lo contarás todo.

No era una amenaza, incluso sonreía al hacer la invitación. Pero Sorrel detectó una nota de frialdad que le provocó un escalofrío.

Quizá no podría evitar que abriese el hotel, pero tenía mucha influencia con el alcalde y podría hacerle la vida imposible, retrasar el permiso…

—Muy bien. Pero antes tengo que cambiarme.

—Estás muy bien así. Preciosa.

¿Pensaba que quería seducirlo para que no pusiera problemas?

—Gracias —contestó, apretando los dientes—. ¿Lo pasaste bien en el estreno?

—Mucho. Ah, por cierto, Man te envía saludos.

—Qué amable.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, un poco floja, pero bien.

—La próxima vez, cierra la puerta con llave. Podría entrar cualquiera —dijo Luke entonces.

—A Baggie le gusta salir a dar un paseo por las noches. Además, si no hubiera estado abierta no habrías podido entrar… para rescatarme —sonrió Sorrel.

—Si la puerta hubiera estado cerrada, la habría tirado a patadas —replicó él, como si fuera lo más normal del mundo.

—Ah, ya veo.

—La próxima vez que vayas a Kerikeri compra una gatera. Esta zona es muy tranquila, pero ha habido algún robo aislado.

—Vaya, ¿es que ya no hay ningún sitio seguro?

—Nunca lo ha habido —contestó Luke, mirándola a los ojos.

—¿Una copa de vino? Tengo un Sauvignon Blanc muy bueno, de Marlborough.

—Sí, gracias.

Luke le dio una copa de vino blanco, casi transparente, y se sirvió un whisky con agua.

—Y ahora cuéntame por qué quieres abrir un hotel en Parenga.

—Tengo que hacer algo y la casa es suficientemente grande como para eso. Será un hotel pequeño, pero muy exclusivo.

—Es un cambio enorme, ¿no? De modelo a propietaria de hotel.

—De modelo a enfermera de mi padre —le recordó ella.

—Fuiste una buena hija —murmuró Luke, sin mirarla.

—Me necesitaba, sencillamente.

—Te admiro por haber cuidado de él, pero sigo sin entender por qué quieres abrir un hotel en Parenga. ¿Por qué no vuelves al mundo

de la moda?

—A mi edad es casi imposible conseguir contratos como modelo. Hay chicas preciosas de diecisiete años. Y cobran menos que las modelos con nombre.

Entonces oyeron un extraño grito en el exterior.

—¿Qué ha sido eso? Ah, un pukeko —rio Sorrel—. Se me había olvidado.

Los pájaros azules de patas rojas eran algo común a la orilla del río.

—Supongo que no fue fácil dejarlo todo. Eras una modelo muy cotizada.

Ella tomó un sorbo de vino. No pensaba contarle en qué situación económica la había dejado su padre.

—No fue un gran sacrificio. Mi padre me necesitaba y el trabajo como modelo nunca fue el sueño de mi vida.

—¿Y por qué lo hacías si no te gustaba?

Sorrel se levantó. En la oscuridad, el jardín parecía misterioso, lleno de secretos.

—Cuando tenía trece años empecé a crecer. En seis meses le sacaba la cabeza hasta a mis profesores. Todos los niños me tomaban el pelo hasta que gané aquel concurso de modelos. Y entonces, de repente, era maravilloso ser tan alta y tan pelirroja. Me hacían cientos de fotografías, los maquilladores me decían que era preciosa y me sentía bienvenida en todas partes.

—Aquí también eras bienvenida —murmuró Luke.

—Como ahijada de Cynthia, sí —contestó Sorrel, mirando por la ventana—. Al principio todo era muy emocionante, no lo voy a negar, pero pronto me di cuenta de que el trabajo de modelo no me satisfacía. Me gustaba viajar y conocer gente tan creativa… pero en general sencillamente lo soportaba como podía.

Al contrario que su padre, que adoraba aquella vida. Sin embargo, ni siquiera para él era suficiente y necesitaba emociones más fuertes.

—Pero te pagaban muy bien, ¿no?

—Sí, muy bien.

—Todavía estás un poco débil. Siéntate.

Ella obedeció, preguntándose por qué, de repente, Luke parecía tan amistoso.

—Entonces, ¿siempre te has sentido como una extraña?

—Siempre. Todos los niños tenían madre, para empezar. Y mi padre y yo íbamos de un lado a otro, así que siempre era la niña nueva en el colegio. Y después me convertí en la niña gigante, la rara.

—Y luego en la mujer inasequible que sonríe desde las páginas de una revista.

—No creas que siento pena de mí misma. No es así. He tenido mucha suerte en la vida y no lamento nada de lo que he hecho.

—¿Pero?
—Quizá no sé quién soy, cuál es mi sitio —suspiró Sorrel.
—¿Y has venido aquí para encontrarte a ti misma?
La pregunta, hecha en tono irónico, sacó a Sorrel de quicio.
—No pongas palabras en mi boca. Es fácil reírse de los demás cuando uno siempre ha sabido quién es. Como heredero de Waimanu, con el prestigio de ser un Hardcastle, tu posición siempre ha estado muy clara.
—Pero tenemos cosas en común. Nuestra madre nos abandonó y para un niño el abandono es la muerte. Y nuestros padres fueron ambos… digamos que insatisfactorios.
—¿Qué quieres decir?
—A mi padre solo le importaban las mujeres. El tuyo no pudo darte estabilidad.
—Pero hizo lo que pudo —replicó Sorrel.
—Cuando no estorbaba a sus aspiraciones. Mi padre se humillaba para complacer a sus esposas, pero de todas formas lo abandonaron.
—Por eso no confías en las mujeres.
—Eso es demasiado simple. ¿Tú crees que si quieres a alguien te abandonará?
—Claro que no —murmuró ella, encogiéndose de hombros para disimular un escalofrío.
Si no confiaba en las mujeres de su padre, no podría confiar en ella. Sorrel tenía altura y belleza en común con quien Luke llamaba «su perversa madrastra». Cherie Hardcastle era un poco más bajita, pero había cierto parecido físico entre las dos.
—La cena debe estar lista… llévate la copa, puedes terminarla en la mesa.
Mientras cenaban hablaron de libros, de música y de cine. El vino la había animado un poco.
—Perdona, Luke, pero la señorita O'Neill está al teléfono —dijo Penn, asomando la cabeza en el comedor.
—Gracias. ¿Te importa si contesto, Sorrel?
—No, claro que no.
En realidad, agradecía la llamada de Man porque mientras charlaban, los dos solos en el comedor, había olvidado a la mujer con la que él compartía su vida, O parte de su vida.
Luke era fascinante como una droga. E igual de adictivo.
Sorrel se asustó al pensar que era igual que su padre, que estaba a punto de perder todo lo que era importante para ella: el respeto, la integridad, la tranquilidad de espíritu, para buscar algo que nunca podría conseguir.
Pero al contrario que su padre, ella sabía cuándo parar.
En aquel mismo instante.

No más cenas, no más conversaciones íntimas, no más rendiciones a un deseo que no debía saciar.

—Perdona —dijo Luke unos minutos después, entrando de nuevo en el comedor.

—No importa.

Media hora más tarde, mientras tomaban un té, Sorrel intentó disimular un bostezo.

—Es hora de acostarme. Sé que no hemos hablado de mis planes para el hotel, pero estoy cansadísima.

—Sí, pareces exhausta.

Se mantuvo callada mientras volvían a Parenga, observando las manos del hombre en el volante. Luke detuvo el jeep en medio del puente.

—¿Has notado eso?

—Un movimiento raro, sí. ¿Le pasa algo a tu coche?

Luke tomó una linterna y bajó del jeep.

—No veo nada. Puede que haya sido una piedra.

Sorrel asintió, rezando para que fuera así. No tenía dinero para reparar el viejo puente y era la única conexión con la carretera.

—Echaré un vistazo mañana.

—Puedo hacerlo yo, no te preocupes.

—¿Sabes algo sobre puentes?

—No, pero seguramente sabría decir si se han soltado los maderos. No creo que sea tan difícil.

—Me alegra que seas tan independiente —replicó él, subiendo de nuevo al jeep—. Pero no tardaré nada en revisarlo.

Enseguida llegaron a la casa, envuelta en el perfume de las flores.

—¿Has cerrado la puerta con llave?

—Sí.

—Buena chica.

—Hasta mañana. Y gracias por la cena —dijo Sorrel, encendiendo la luz del pasillo.

Él estaba muy serio, mirándola con aquel brillo en los ojos que Sorrel conocía tan bien…

—No —susurró.

—¿Por qué no? —preguntó Luke con voz ronca, alargando la mano para acariciar su cara.

El deseo contenido se desbordó entonces como el río se había desbordado unos días antes.

—No tengo ningún compromiso con ninguna mujer. Y tú no estás con nadie.

—No.

Nunca hubo otro hombre. Nunca como Luke. Entonces la besó. Y ese beso disipó todas las mentiras con las que Sorrel intentaba

convencerse a sí misma de que no amaba a aquel hombre.

Porque aquella era una obsesión, una adicción contra la no que no podía luchar.

Se enamoró de Luke antes de saber lo que era el amor, antes de entender lo que era la pasión sexual. Cuando la besó, descubrió que el deseo era como un terremoto, feroz e inevitable, que lo cambiaba todo.

Y en aquel momento, aplastada contra el sólido torso masculino, se dio cuenta de que, como su padre, solo amaría una vez.

Los brazos de Luke Hardcastle eran su único hogar.

—Dime si sigues sintiéndote débil.

—No.

Las dudas, los miedos, las razones por las que se había negado a aceptar aquel amor imposible seguían dando vueltas en su cabeza. Pero aunque sabía que le rompería el corazón, deseaba un momento de gloria.

Luke la tomó en brazos y cerró la puerta con el pie. Apoyada sobre su pecho, Sorrel volvió la cara para respirar su aroma, único, especial. Entonces lo besó en el cuello, pasando la lengua por su piel. Sabía a Luke: cálido, sexual, puramente masculino. Exultante, murmuró su nombre con una voz que ella misma no reconocía.

Le hervía la sangre y había dejado de tener miedo. Cuando llegaron a la habitación, él la besó apasionadamente antes de dejarla sobre la cama. Después, encendió la lamparita.

El brillo en los ojos de Luke casi le dio miedo, pero estaba demasiado excitada como para echarse atrás. La deseaba como no la había deseado ningún otro hombre. Y aquel deseo elemental derretía por completo sus defensas.

La noche que durmieron juntos en el suelo había roto las de Luke. Desde entonces no podía borrar de su cabeza la suavidad de su piel, aquel cuerpo hermoso como ningún otro. La perfección física de Sorrel estaba grabada en su cerebro como una maldición.

¿Por qué Sorrel? Él conocía muchas mujeres guapas… Quizá era un loco como su padre, quizá había perdido la cabeza por ella.

Pero seguía controlando lo suficiente como para no rendirse del todo. Aunque sabía cómo afectaba aquella belleza a los hombres, deseosos de encenderla, Sorrel nunca sabría que ella era la única que podía volverlo completamente loco.

Y resentía el poder que tenía sobre él; se despreciaba a sí mismo por no ser capaz de controlarse.

En aquel momento, con Sorrel tumbada en la cama, los labios entreabiertos… al demonio con el control y con todo lo demás, se dijo. La necesitaba como necesitaba respirar. No, más de lo que necesitaba respirar.

Y aquella noche nada ni nadie lo harían detenerse.

—¿En qué estás pensando?
—Que debería haber sabido que esto era inevitable.
—¿Para los dos?
—Sí.
—Eres tan guapo, Luke —murmuró Sorrel entonces, rendida por completo.
Riendo, él se tumbó a su lado.
—Eso debería decirlo yo. Eres más que preciosa. Tanto como para volver loco a un hombre. Más hermosa que cualquier sueño, que cualquier fantasía…
Estaba exigiendo una capitulación total, pero en sus ojos solo veía deseo, nada más.
Daba igual. Daba igual. Lo amaba de todas formas.
Entonces la besó de nuevo y Sorrel descubrió qué era la auténtica pasión: el fuego de sus dedos rozando su cara, el fuego de sus labios, el de sus manos levantando el top para acariciar sus pechos con la lengua.
Sorrel se arqueó hacia él, ardiendo, el incendio entre sus piernas pidiendo a gritos que lo apagase.
Tiró de su camisa para acariciar su piel, deseando sentir bajo los dedos el perfecto cuerpo masculino.
—¿Qué quieres? —rio Luke.
—Tocarte.
—¿Eso es todo?
Sorrel se apretó contra él, sintiendo la respuesta del hombre entre sus piernas.
—Te deseo.
—¿Todo?
—Todo.
Luke se apretó contra ella con fuerza, casi aplastándola.
—Eso es lo que yo quiero de ti, todo. Todo lo que puedas darme. Todo lo que eres.
No habría vuelta atrás. Después de hacer el amor con Luke, no podría estar con ningún otro.
¿Qué más daba? Nunca desearía a otro hombre.
—Todo lo que pueda darte —repitió en voz baja—. Todo lo que soy.
La apretaba con tal fuerza que Sorrel emitió un gemido.
—Perdona. No quiero hacerte daño.
—Lo sé.
Luke la besó entonces con una mezcla de deseo desbordado y mesurada ternura, pero la ropa empezaba a ser intolerable. Cuando le bajó la falda, ella intentó desabrochar sus pantalones.
—Aún no. Deja que lo haga yo.
Una vez desnuda, empezó a besarla por todas partes, mareándola con besos y caricias sabios, destinados a hacerla perder la cabeza.

Cuando se quitó la camisa, Sorrel acarició su torso como una mujer poseída. Piel contra piel, en un mundo que solo era ya aquella habitación, aquella cama, aquel hombre.

Luke se levantó un momento para quitarse los pantalones y se quedó de pie, mirándola, disfrutando de la hermosa visión de su cuerpo desnudo.

Agonizando de deseo, Sorrel intentó memorizar aquellos músculos hechos de duros años de trabajo, la piel bronceada, el imponente miembro masculino…

Iba a decir algo, pero se contuvo. Luke no quería saber que lo amaba. De modo que se incorporó para besar suavemente su torso.

—Sorrel —murmuró él, tumbándola de nuevo.

Durante unos segundos fue suficiente tenerlo encima, pero pronto deseó algo más que sentir su peso, algo más que el calor de su cuerpo.

—Por favor…

—Espera —dijo Luke, alargando una mano para sacar algo del bolsillo de los pantalones.

Después de ponerse el preservativo volvió a besarla, colocándose a la entrada de su húmeda cueva.

Sorrel cerró los ojos, disfrutando del intenso placer que le proporcionaba esa invasión. Era muy grande y tuvo que abrir las piernas. Luke la embistió de golpe, pero se detuvo al oír un gemido.

—No, no te apartes.

—¡Dios! —exclamó él, besándola con fiereza, con un ansia profunda.

Empezó a moverse despacio y Sorrel levantó las caderas, pidiéndole más, apretando sus nalgas. Con cada embestida, se perdía en un mundo del que solo había oído hablar. Nunca había sentido algo así. Luke tenía los ojos cerrados, perdido como ella, rígido hasta que se derramó en su interior.

Tras los espasmos del orgasmo, Sorrel notó que tenía lágrimas en los ojos. Horrorizada, se dio cuenta de que no podía parar de llorar.

—¿Te he hecho daño?

—No.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —contestó ella. No podía decirle que nunca había sentido nada así, que le había robado el alma.

—Estás cansada. Duérmete —dijo Luke entonces, apagando la lámpara.

No quería, pero casi inmediatamente se quedó dormida. Y él se quedó inmóvil, acariciándola en la oscuridad.

Capítulo 8

Sorrel se despertó con la luz del sol en la cara y un inoportuno Baggie demandando el desayuno.

—Muy bien, muy bien, ya voy —murmuró, estirándose perezosamente.

Entonces se volvió. Pero Luke no estaba allí. Solo la marca de su cabeza en la almohada.

—Oh, no. Estás loca… —murmuró, cubriéndose la cara con las manos—. ¿Qué has hecho?

La noche anterior decidió protegerse de él y después se había rendido con insultante rapidez ante sus besos. Ni siquiera intentó oponer resistencia.

Era una idiota. Desde que volvió a Parenga había estado librando un duelo; enamorarse de él durante la adolescencia era probablemente inevitable, pero hacer el amor con él a los veintiocho años era una completa locura.

Gimiendo, escondió la cara en la almohada. Había sido una debilidad imperdonable. ¿Era eso lo que su padre sentía cuando se rendía a la compulsión de jugarse enormes cantidades de dinero?

—Papá… ojala hubiera sabido lo fácil que es dejarse llevar.

Desgraciadamente, no podía quedarse escondida en la cama todo el día. Se levantó y al ver su ropa tirada por el suelo apretó los labios.

No podría dormir en aquella cama, entrar en aquel cuarto sin recordar a Luke, sin recordar cómo le había hecho el amor y cómo su formidable presencia dominaba la habitación.

Pero no pensaba abandonar, no pensaba huir. Si huía jamás podría librarse de aquella esclavitud. Debía enfrentarse con ella.

Además, Cynthia había querido que se quedase en Parenga durante seis meses y lo haría.

—Muy bien, a lo hecho pecho. Tengo que aprender a vivir con mi debilidad y hacer lo que sea para que no se repita nunca más.

Estaba lijando un mueble cuando oyó el jeep de Luke cruzando el puente.

Mordiéndose los labios, Sorrel siguió trabajando hasta que llamó a la puerta.

Estaba igual que la noche anterior: alto, moreno, inflexible, duro como una piedra.

—Parece qué la tormenta ha soltado la sujeción del puente.

—Ah, ya veo.

—Llamaré a una empresa de Whangarei para que lo arregle.

—No, yo lo haré.

Al menos, mientras se preocupaba del puente no pensaría en las horas que había pasado en sus brazos.

—Sorrel, sé que puedes hacerlo, pero yo conozco al dueño de la empresa. Hay que hacerlo lo antes posible porque es peligroso. Tendrás que poner un cartel al otro lado para que nadie cruce.

—¿Cuánto me costará arreglar el puente?

—¿Eso es un problema?

—No voy a aceptar un contrato sin que antes me den un presupuesto.

Luke se quedó en silencio. Pero no podía saber lo de su padre. Sorrel se lo había ocultado a todo el mundo.

—¿Te has gastado todo el dinero que ganaste exhibiendo ese cuerpazo tuyo?

Sorrel no contestó.

—¿Te lo has gastado?

—Es una vulgaridad hablar de dinero. Especialmente, del dinero de otras personas —replicó ella por fin—. ¿Sabes cuánto va a costarme reparar el puente o no?

Luke le dijo una cifra que la dejó con el estómago encogido.

—Ya veo.

—¿En qué te has gastado el dinero? ¿En cocaína? Dicen que es la droga más común entre las modelos.

—Yo nunca he tomado drogas. Me parece que lees demasiadas revistas —replicó Sorrel.

—¿Entonces?

—Malas inversiones.

Luke solía confiar en su intuición que, por el momento, no le había fallado nunca. Y sabía que Sorrel estaba mintiendo.

Levantó su barbilla con un dedo para mirarla a los ojos, aquellos ojos verdes que podían encenderse de pasión…

¿Ella, como su madrastra, vería al propietario de Waimanu como una fuente de dinero? ¿Había vuelto a Parenga para comprobar si seguía loco por ella?

Tenía sentido. Si había perdido todos sus ahorros y no podía retomar la carrera de modelo, ¿por qué no buscar a alguien que le diera lo que había tenido durante aquellos diez años? Un hombre rico…

Y si había fingido pasión con él la noche anterior, lo mejor sería saberlo cuanto antes.

—¿Estás jugando, Sorrel? —preguntó, apartando la mano como si su piel lo quemase.

—Vete al infierno —replicó ella.

—Pues te advierto que juegas con el hombre equivocado. Yo he aprendido la lección que mi padre no aprendió nunca. Hay que tener mucho cuidado con las mujeres guapas que fingen dártelo todo. Normalmente quieren algo y casi siempre es dinero.

Sorrel lo miró, atónita. Pero enseguida el gesto se volvió escéptico.

—No pensarás que solo atraes a las mujeres por tu dinero.

—El aspecto físico es importante, pero no tanto como crees. Mi madrastra se habría casado con mi padre aunque hubiera sido el hombre más feo de la tierra.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque seis meses después de casarse con mi padre intentó seducirme.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Sé mucho de mujeres avariciosas y egoístas, Sorrel. Dime una cosa, ¿por qué te acostaste conmigo anoche?

—Desde luego, no por tu dinero —contestó ella—. Y tampoco porque esté desesperada.

—¿Entonces?

Sorrel apretó los puños, furiosa.

—Porque me apetecía. Porque me hubiera apetecido hace diez años y entonces no pudo ser. Pero ya nos hemos acostado y se terminó. Nunca más.

—Eso no es tan fácil.

Luke la besó de nuevo, con una pasión que no tenía nada que ver con el deseo y sí con una fiera sensación de propiedad.

Ella intentó apartarse, pero no pudo. Las promesas que se había hecho a sí misma no valieron de nada.

Y, de alguna forma, aunque Luke había intentado que aquel beso fuera un asalto, de repente cambió. Se besaban como dos amantes que hubieran estado mucho tiempo separados, como amantes que nunca volverían a verse.

Los ojos de Sorrel se llenaron de lágrimas porque estaban diciéndose adiós.

Lentamente él se apartó, un poco pálido. Se avergonzaba por no haber podido resistir la tentación.

—Adiós, Luke —dijo Sorrel con las pocas fuerzas que le quedaban —. Te agradecería que dejases el teléfono de esa empresa en el buzón.

Cuando se dio la vuelta para entrar en el jeep, tuvo que hacer un esfuerzo para no correr tras él y decirle que lo amaba, que estaba equivocado, que aquellos diez años no habían roto el vínculo que había entre ellos.

Pero Luke no la habría creído. Estaba traumatizado por su infancia, por una mujer que lo desengañó de las demás mujeres.

Poco después oyó el motor de su furgoneta y se asomó a la ventana. Había dejado las llaves puestas, como siempre, y Luke estaba cruzando el puente para dejarla en la carretera. Después, echó las llaves en el buzón, volvió a subir al jeep y desapareció.

Tenía que encontrar dinero para reparar el puente. No podía abrir el hotel en esas condiciones.

«Tienes mucho trabajo», se dijo a sí misma para evitar las lágrimas. «Tienes mucho trabajo por delante».

Al día siguiente fue a dar un paseo por la playa y cuando volvía a casa encontró en el buzón un sobre con la letra de Luke. Era el nombre y el teléfono de la empresa a la que tendría que pedir presupuesto para reparar el viejo puente.

No le sorprendió nada cuando la secretaria le dijo que ya tenían una cita para ella. Por supuesto, Luke Hardcastle se había encargado de todo.

El ingeniero llegó unos días más tarde. Joven, pelirrojo y de buen carácter, se dedicó a observar la estructura del puente, aunque Sorrel no pudo dejar de notar sus discretas miradas de admiración.

—Venga a echar un vistazo —le dijo una hora después—. Lo entenderá mejor si se lo enseño.

El ingeniero le explicó que los años y la fuerza del agua prácticamente habían desintegrado algunos tablones interiores y que las juntas estaban sueltas.

—¿Puede darme un presupuesto aproximado?

Cuando le dijo la cifra, más o menos la que Luke había mencionado, Sorrel se quedó desangelada. ¿Cómo iba a convencer a un banco para que le prestase esa cantidad de dinero?

En ese momento vio a Luke acercándose por la carretera. Parecía cansado, serio.

—Buenos días, Sorrel.

—Hola.

—¿Le has dado un presupuesto, Joe?

—Sí, aunque tengo que hacer algunos cálculos todavía. Le mandaré el presupuesto final esta misma tarde.

—Se lo agradezco —murmuró Sorrel.

—Te acompaño al coche —dijo Luke entonces. Ella volvió a la casa, descorazonada. Además de sus problemas económicos, tenía que soportar la constante presencia de Luke… que nunca creería en su amor y al que no podía dejar de amar.

Sorrel encontró una vieja escalera en la leñera y cuando estaba pintando el techo de una de las habitaciones del segundo piso oyó golpes en la puerta.

—¡Sorrel!

Luke, por supuesto.

—Estoy aquí arriba.

—¿Qué demonios haces?

—Pintar el techo.

—Baja de ahí.

—No me da la gana —replicó ella, irritada.

—¿Cuándo piensas dejar de trabajar como una mula?

—Cuando haya terminado.

—Pues te llegan las ojeras al suelo. Además, has adelgazado.

—¿Y qué?

—Baja de ahí. Te prestaré una escalera decente. Esa está hecha una ruina.

—Muchas gracias —dijo Sorrel, con la sonrisa que tanto dinero le había dado años atrás. Era una armadura aquella sonrisa—. Pero no hace falta. ¿Querías algo?

—Comprobar si estabas bien.

—Ya ves que lo estoy. ¿Y tú?

Luke no contestó. Sencillamente la tomó por la cintura y la bajó de la escalera.

—¿Qué haces?

Luke tomó el bote de pintura y la brocha, los dejó en el suelo y cuando ella iba a protestar le dio un beso que la dejó sin respiración.

Y después dio un paso atrás.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Sorrel, observando los tumultuosos ojos grises.

Él la miraba como si fuesen enemigos.

—Como castigo, quizá.

—Hay una palabra para los hombres que hacen daño a las mujeres.

—Lo sé. Pero yo no soy un maltratador. Estaba castigándome a mí mismo por pensar que en ti hay algo más que un rostro bonito y un cuerpo de cine.

—Eso es todo lo que puedes esperar de un revolcón —replicó Sorrel, deseando abofetearlo.

—No tiene por qué ser solo un revolcón. Te deseo… te he deseado desde que tenías dieciocho años.

—Por eso empezaste a salir con Man O'Neill, ¿no?

—Entonces solo eras una niña y yo tenía veinticinco años —se encogió Luke de hombros—. Lo último que necesitabas era una aventura que te destrozara la vida. Man no cometió el error de poner en ello el corazón y era una distracción para mí.

—Qué noble por tu parte.

—No tiene nada de noble. Las niñas recién salidas del colegio suelen quedarse embarazadas y yo no podía mantener un hijo entonces. Además, no quería hacerte daño.

Eso la puso furiosa pero, a la vez, fue un alivio. Al menos la había deseado, al menos no la veía como una mocosa.

Tan pragmático como siempre, Luke eligió la única salida posible a una situación que no podían controlar ninguno de los dos.

—Pero ahora no tienes dieciocho años. Y dudo mucho que una aventura entre nosotros te rompiese el corazón. Y si fuera así, quizá sería bueno para ti… tú has roto muchos por el camino. Y sigues

deseándome, Sorrel.

Ella se sintió tentada. Deseaba a aquel hombre más que nada en el mundo. Pero le estaba ofreciendo moneda falsa que no debía aceptar. Tener una aventura sería una estupidez. Luke la deseaba físicamente, cuando ella quería mucho más.

Pero, sobre todo, necesitaba olvidarse de él, olvidar aquella adicción.

El instinto le decía que se fuera de allí, que saliera corriendo si era preciso.

—No —dijo por fin.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustan las aventuras sin sentido.

—¿Sin sentido?

—Sin sentido —repitió Sorrel, sintiendo como si estuviera al borde de un precipicio—. No quiero una aventura, ni una relación, ni nada parecido. Y me insultas si crees que estaría dispuesta a retomar lo que dejamos hace diez años solo porque vivo, muy convenientemente, en la casa de aliado. Lo último que necesito es una complicación en mi vida. Quiero terminar de arreglar Parenga, es lo único que me importa.

—Conveniente es lo último que yo te llamaría —dijo él, con un brillo burlón en los ojos grises.

—Tampoco estoy disponible.

Tenía la barbilla orgullosamente levantada, pero había que ser muy inexperto para no entender las señales que emitía. Y Luke no era inexperto, todo lo contrario.

—Muy bien —dijo por fin—. Pero no vuelvas a subirte ahí, Te enviaré a alguien con una más decente.

En cuanto desapareció, Sorrel volvió a subirse a la escalera. Por supuesto.

¿Qué había pretendido Luke? ¿Unos cuantos revolcones sin compromiso? Eso era seguramente lo que había entre Man y él.

—¡Maldita sea!

Debajo de la escalera, Baggie bostezaba perezosamente.

—Claro, tú no tienes problemas porque estás castrado. Y en cuanto al amor, todo el mundo sabe que los gatos son unos egoístas.

La escalera que Luke había prometido no llegó, pero Sorrel no tenía intención de ir a pedírsela. Siguió pintando obstinadamente, intentando imaginar a quién podría pedirle el dinero necesario para reparar el puente.

—Tendré que pagarlo con mis ahorros y después buscaré un trabajo —le contó a Baggie que, por supuesto, no le hacía ni caso—. Llamaré a una agencia de empleo en Auckland y…

Un golpe en la puerta interrumpió su monólogo.

—¡Ya voy! —gritó.

Cuando iba a bajar Sorrel perdió pie. Intentó sujetarse, pero cayó hacia atrás… y después todo se volvió negro.

Capítulo 9

—¡Sorrel! Sorrel, ¿puedes oírme?

La voz de un hombre, urgente y llena de preocupación, consiguió despertarla.

—Luke…

—Sí, soy yo, abre los ojos.

Sorrel lo intentó, pero hizo una mueca de dolor. Por fin, consiguió abrirlos lo suficiente como para ver su rostro bronceado.

—Aprieta mí mano.

Tuvo que concentrarse para cerrar los dedos sobre la mano del hombre.

—Ahora suéltala. ¿Te duele la cabeza?

—Y la cadera. Y el hombro.

—Creo que no te has roto nada —murmuró Luke después de examinarla—. No te muevas. Voy a subir a buscar una almohada.

Para cuando volvió, el dolor de cabeza había disminuido un poco, pero casi no podía abrir los ojos.

—No te muevas, no quiero hacerte daño en el cuello —dijo Luke, colocando la almohada bajo su cabeza—. Voy a ponerte una compresa en la frente. ¿Puedes sujetarla?

Debía haber sacado hielos de la nevera y el paño helado la aliviaba un poco.

—Gracias.

—Voy a llamar al hospital.

Luke sacó el móvil del bolsillo y se puso a ladrar explicaciones a toda prisa. Sorrel casi sintió pena por la persona que estuviera al otro lado del hilo.

—Sí, de acuerdo… la llevaré ahora mismo.

—¿Vamos al hospital?

—Sí, pero antes tengo que llamar a Penn… Penn, trae el jeep a Parenga. Mete varias almohadas y un cubo. Y hazlo lo antes posible.

—Lo siento. No recuerdo qué ha pasado —murmuró Sorrel.

—Te caíste de la maldita escalera y perdiste el conocimiento. ¿Podrías levantarte si te ayudo?

—Sí.

Una vez de pie, Luke la tomó en brazos para llevarla al piso de abajo.

—El jeep llegará enseguida. Después te llevaré al hospital.

—Siempre estoy dándote disgustos. Primero lo del río, luego la bañera, ahora esto —intentó reír ella—. Supongo que no me creerás, pero no había tenido un solo accidente en diez años.

—Te creo. ¿Qué tal la cabeza?

—Me duele un poco menos. Eres un buen vecino, Luke.

—No lo suficiente —murmuró él.
—Puedes dejarme en el suelo. Creo que puedo andar.
—No te preocupes, no pesas mucho.
Penn estaba esperándolos al otro lado del puente.
—He metido dos almohadas y un cubo.
—Gracias, pero no voy a vomitar —dijo Sorrel—. Me siento mucho mejor.
Luke la dejó delicadamente sobre el asiento y le abrochó el cinturón de seguridad.
—¿Estás bien?
—Sí —murmuró ella. Pero el movimiento había redoblado el dolor de cabeza y tuvo que cerrar los ojos.
—¿Quieres que vaya con vosotros? —preguntó Penn.
—No hace falta, gracias.
Una vez en el hospital, el médico de guardia la examinó de arriba abajo, le miró los ojos con una linternita, le recetó antibióticos y la mandó a casa con instrucciones de que hiciera reposo durante veinticuatro horas.
—Debe descansar todo lo posible —le dijo luego a Luke, dándole instrucciones sobre lo que debía observar durante ese período de tiempo—. Pero creo que no tiene nada. Parece una persona muy fuerte.
Una vez en el coche, Sorrel dejó escapar un suspiro.
—Gracias por todo, pero ya me encuentro mucho mejor. No tienes que preocuparte más.
—Si intentas decirme que no vas a quedarte en Waimanu durante veinticuatro horas, te equivocas. Te quedarás lo quieras o no —replicó Luke—. ¿Por qué no usaste la escalera que te mandé?
—¿Qué escalera?
—Sorrel…
—Si hubieras enviado una escalera, la habría usado.
Él la miró, extrañado.
—De todas formas, en Parenga solo tienes una cama.
—¿Y?
—Ya has oído al médico, tengo que vigilarte durante veinticuatro horas. Si me quedo en Parenga, tendré que dormir contigo en la cama. No pienso dormir en el suelo.
—Muy bien. No tengo fuerzas para discutir.
—Eso me asusta todavía más.
—Pues disfruta mientras puedas —intentó sonreír Sorrel.
Luke insistió en llevarla en brazos hasta la habitación y ella se dijo que no era nada personal. Un hombre que demuestra preocupación por unos patitos haría lo mismo por un ser humano herido.
—Te he traído algo de ropa y una bolsa con cosas de aseo de Parenga —le dijo Penn—. Espero que no te importe que haya hurgado

en tus cosas.

—Claro que no —suspiró Sorrel, cerrando los ojos.

—Penn se quedará contigo mientras yo voy a Parenga a limpiar la pintura del suelo.

—Ya está hecho —dijo entonces su ama de llaves.

—Ah, muy bien.

—Gracias, Penn.

—Si te sientes mejor, podrías bajar a cenar. Pero para cualquier cosa que necesites, solo tienes que llamar a ese timbre —dijo Luke entonces, señalando un interruptor al lado de la mesilla.

—¿Quieres darte una ducha? —le preguntó Penn cuando se quedaron solas.

—No, gracias. Solo quiero descansar un rato. Pero no hace falta que te quedes conmigo. Estoy bien.

—Si salgo de esta habitación antes de meterte en la cama, Luke es capaz de despedirme —sonrió el ama de llaves.

Con una camiseta de algodón y las braguitas, Sorrel se metió entre las sábanas. Pero no podía dormir. Estuvo pensando, lamentando el desgraciado accidente, mirando por la ventana, pensando en Luke…

Dos horas más tarde oyó un golpecito en la puerta.

—Entra.

Era Luke, llenando la habitación con su poderosa presencia.

—¿Cómo te encuentras?

Los hombres como él deberían estar encerrados. Podían hacerle mucho daño a los impresionables corazones femeninos.

—Aburrida.

—¿Quieres cenar aquí o en el comedor?

—En el comedor —contestó ella—. Me encanta esta habitación, pero ya me la sé de memoria.

—¿Qué tal la cabeza? —sonrió Luke.

—Aquí sigue, creo.

—Esperaré en el pasillo hasta que te hayas vestido.

Penn le había llevado unos pantalones y una camisa de seda dorada que destacaba el color de sus ojos. Después de peinarse con cuidado para no rozar el chichón, Sorrel salió del cuarto.

Luke, que estaba mirando un enorme cuadro abstracto, se volvió.

—¿Todo bien?

—Sí. El chichón está estupendamente.

Penn había preparado una cena deliciosa; una pena que ella no tuviera apetito. Pero Luke se encargó de que comiese lo suficiente como para recuperar fuerzas.

—¿Quieres beber algo?

—Agua. No creo que deba beber alcohol.

—Si quieres un zumo o algo…

—No, gracias —dijo Sorrel, tomando un espárrago.

—Hace diez años tenías mejor apetito. Sus palabras quedaron colgadas en el aire durante unos segundos.

—Hace diez años todavía estaba creciendo.

—Querrás decir que entonces no habías aprendido a morirte de hambre para estar guapa.

—Yo como muy bien. Y no creas todo lo que escriben sobre las modelos. Normalmente son mujeres que no engordarían ni queriendo.

—Entonces, ¿la falta de apetito es debida a la caída?

—Probablemente.

—¿Has tenido náuseas?

—No —contestó Sorrel—. Siento mucho que hayas tenido que llevarme al hospital…

—Por favor.

—No, en serio. Desde que llegué a Parenga he tenido un montón de accidentes… a partir de ahora tendré más cuidado.

—Si es el día de las disculpas, yo también tengo que disculparme. Le encargué a cierta persona que te llevara una escalera, pero no comprobé si lo había hecho —dijo entonces Luke, apretando los labios.

Sorrel casi sentía pena por ese pobre desgraciado. Tener que enfrentarse con la ira de Luke Hardcastle no debía ser fácil.

—No es culpa tuya.

—Si me hubiera asegurado de que estaba allí, no te habrías caído.

—No fue culpa tuya —repitió ella—. Eres un buen vecino, el mejor que puede tener una chica.

Luke sonrió.

—De todas formas, tu escalera se ha convertido en lumbre para la chimenea. Y come un poco más de pollo, anda.

Era como si hubiesen firmado una tregua. Mucho mejor que estar peleándose como el perro y el gato.

Después de tomar el postre, no pudo contener un bostezo.

—A la cama —dijo Luke.

Sorrel se levantó de la silla y… perdió el equilibrio.

—¡Sorrel! —exclamó él, tomándola por la cintura.

—No pasa nada, es que me he levantado muy deprisa.

—¿Estás segura?

Era demasiado agradable estar apretada contra aquel sólido cuerpo masculino, demasiado…

—Sí.

Luke la tomó en brazos de nuevo.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre —suspiró ella, apoyando la cabeza sobre su pecho.

—Estás muy débil.

—Pero puedo andar…

—Es mejor así.

La dejó sobre la cama y cuando Sorrel levantó la cara vio fuego en los ojos del hombre.

Iba a besarla, pensó, horrorizada y feliz a la vez.

«Y yo voy a devolverle el beso». Deseaba las caricias de Luke más que cualquier otra cosa. Y no podía negárselo a sí misma.

—Te quitaré las sandalias —dijo él entonces, poniéndose en cuclillas.

Sorrel estaba como hipnotizada. Incluso ese gesto, ese mínimo roce la excitaba. Sin decir nada, Luke empezó a darle un masaje en los pies, de los dedos al empeine.

—Ya está —dijo con voz ronca.

Sorrel estaba mirándolo, con los labios entreabiertos.

—Dime que pare…

—No puedo —murmuró ella. Perdida en la lava ardiente de sus ojos, lanzó un gemido cuando Luke buscó su boca.

El beso fue diferente, más tierno, más profundo, más suave que nunca. Cuando terminó, se encontró a sí misma escuchando los rápidos latidos de su corazón.

—Estoy seguro de que no era a esto a lo que se refería el médico cuando me dijo que te vigilase.

—No, es verdad.

—Lo siento. No quería que pasara. ¿Te duele la cabeza?

—Un poco —suspiró Sorrel.

—Estás agotada. Me voy… intenta dormir. Volveré dentro de un par de horas para comprobar que estás bien. Buenas noches.

—Buenas noches, Luke. Y gracias por todo.

Pero no pudo dormir, aunque lo necesitaba. Durante mucho tiempo estuvo mirando las estrellas y escuchando el suave murmullo del río. Luke entró varias veces y se quedó al lado de la cama en silencio. Y cada vez Sorrel aparentó estar dormida.

Al día siguiente, durante la cena, Sorrel anunció que estaba lista para volver a Parenga.

—Muy bien —dijo Luke, como si tuviera que darle permiso—. Volverás mañana. Pero iré a verte un par de veces al día, para comprobar que estás bien.

Incluso entonces, el recuerdo de su hermoso cuerpo en el suelo, inconsciente, le partía el corazón.

—Estoy perfectamente —insistió ella.

—¿Y el chichón?

—Ya casi no me duele.

—No pintes, ni te subas a una escalera, ni lijes nada. Tómatelo con calma.

Sorrel no dijo nada.

—¿Me has oído?
—No tienes derecho a ponerme condiciones.
—Si no me prometes que intentarás descansar, te ataré a la pata de la cama —sonrió Luke.
—Sé que lo haces con buena intención, pero…
—Seguramente envejecí diez años al verte en el suelo. Si hubiera ido a comprobar que tenías la escalera…
—Por favor, Luke, no te culpes a ti mismo.
—Penn te hará la cena todos los días hasta que el médico confirme que estás bien del todo.
Sorrel dejó escapar un suspiro.
—¿Es que no te rindes nunca?
—No.
La rabia encendía las mejillas de Sorrel y le daba brillo a sus ojos. Luke tuvo que apartar la mirada.
—No pensaba ponerme a cavar hasta que lo dijese el médico.
—Por si acaso.
Por la mañana, la llevó en el jeep hasta el puente.
—No tenía que haberme subido a esa escalera —suspiró Sorrel.
—A partir de ahora, ten más cuidado.
Fiel a su palabra, Luke fue a verla dos o tres veces al día, pero no la tocó, ni la rozó siquiera.
Sorrel sabía que era lo más sensato, pero no podía evitar sentir cierta melancolía.
—Mañana no podré venir —le dijo una tarde.
—No pasa nada. No tienes que seguir viniendo todos los días.
—Tengo una reunión en Whangarei. Puede que tenga que dormir allí.
—Que lo pases bien —intentó sonreír Sorrel, dándole un cachete juguetón en la mejilla. Luke tomó su mano y la besó, con una pasión que no podía disimular.
—Pero puede que vuelva.
Ella recordó aquel beso durante toda la tarde y al día siguiente, como una dulce y tormentosa promesa.
A la hora de comer dejó la brocha y bajó a la cocina para hacerse un bocadillo. Acababa de comer cuando llamaron a la puerta.
Una mujer bajita, rubia y voluptuosa estaba en el porche.
—Hola, Sorrel.
—Man —murmuró ella, sorprendida—. Entra.
—Gracias —dijo Man O'Neill, mirando alrededor—. Veo que estás arreglando la casa.
—Sí. ¿Quieres un café?
—No, gracias. Tengo que hablar contigo.
Sorrel la llevó a la habitación que Cynthia siempre había llamado el

«saloncito». Los dos sillones miraban hacia el patio perfumado de gardenias y rosas, las flores favoritas de su madrina.

Man examinó sus caros zapatos italianos.

—¿Sabes que Luke y yo llevamos años siendo amantes?

Capítulo 10

Sorrel asintió, con un nudo en la garganta.

—Yo pensaba que algún día nos casaríamos —siguió Man—. Nunca hemos hablado de ello, por supuesto. Somos amigos y Luke siempre ha dejado claro que así es como quiere que sea nuestra relación. Yo también estaba contenta. Tengo un trabajo muy exigente, viajo mucho… —entonces hizo un gesto con la mano— y, en fin, la cosa funcionaba.

—No creo que…

—Espera un momento, por favor.

—La cuestión es que me enamoré de él. Es muy fácil enamorarse de Luke —sonrió Man—. Además de ser increíble en la cama, es un hombre muy inteligente y que sabe escuchar.

Sorrel se mordió los labios.

—Man…

—Pero él no se ha enamorado de mí. Por culpa de la zorra de su madre y esa madrastra del infierno, no creo que sea capaz de amar a una mujer. Cuando se case… y se casará porque es un Hardcastle y necesita un heredero para Waimanu, elegirá una esposa con el mismo cuidado con el que elige a sus perros de raza —siguió su visitante entonces, intentando contener las lágrimas—. Pero no seré yo. Y tampoco serás tú. Tú representas todo aquello de lo que Luke desconfía: preciosa, sofisticada, sexualmente activa.

—Oye…

—Luke no es un hipócrita, pero no le gusta la promiscuidad. De modo que se desprecia a sí mismo porque nunca ha podido olvidarte. Por supuesto, no lo ayudó nada que tu cara apareciese en todas las revistas durante casi diez años.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Sorrel.

No pensaba rebatir lo de la promiscuidad sexual. Ella no era promiscua, pero las revistas se encargaban de inventar amoríos a todas las modelos.

—Lo conozco muy bien —dijo Man—. He venido a advertirte. Es un amante magnífico, pero no dejes que te tenga esperando como a mí. Créeme… no merece la pena —añadió, levantándose—. Al menos, has actuado como catalizador. Seguramente habría seguido esperando si tú no hubieras vuelto a Nueva Zelanda. Una vez te dije que siempre es la mujer quien elige, pero debería haberte hecho caso: es Luke quien elige. Adiós y buena suerte.

Sorrel la vio salir de la casa y cruzar el puente para entrar en su coche.

Las palabras de Man O'Neill habían reforzado una verdad a la que no quería enfrentarse: la desconfianza de Luke hacia las mujeres era

tan profunda que seguramente nunca sería capaz de amar a ninguna.

¿Qué iba a hacer? ¿Aceptarlo como era o alejarse para siempre?

Sorrel se dio cuenta entonces de que llevaba un rato mirando la pared, sin hacer nada.

—Vamos a dar un paseo. Baggie.

Caminó por la playa hasta que el sol era tan fuerte que tuvo que buscar refugio bajo un pohutukawa. No pensaba huir, se dijo, tomando un puñado de arena.

De modo que o se convertía en la amante de Luke, para ser abandonada cuando encontrase una esposa acorde con sus planes, o cortaba toda comunicación con él.

Sorrel apoyó la cabeza sobre las rodillas, escuchando el ruido de las olas. El orgullo le pedía que hiciese lo último, pero… ¿y si el amor sin condiciones, sin esperanza y sin límite pudiera restaurar su perdida confianza?

Una estupidez, se dijo. ¿Rescatado por el amor de una buena mujer? Eso pasaba en las películas. No había funcionado con Man y no funcionaría con ella.

Una noche en Parenga le había enseñado que seguía enamorada de él, pero no pensaba desperdiciar su vida intentando demostrarle que era una persona leal, digna de confianza.

—Como un perro —murmuró, levantándose—. Hora de volver a casa, Baggie.

Al día siguiente llamaría a la agencia en Auckland para buscar trabajo. No podría vivir en Parenga más que los fines de semana, pero, en cualquier caso, así cumpliría las condiciones de Cynthia. Después, vendería la casa.

Sorrel se llevó inconscientemente una mano al corazón. Con el tiempo se olvidaría de Luke, porque aquella vez había decidido marcharse.

Por la noche le diría que su relación no podía ir más allá de una amistad. A menos que hubiera entendido mal el beso aquella mañana…

No, Luke la deseaba y estaba decidido a tenerla; seguramente para descartarla poco después.

Estaba mirando la cena que no había podido terminar cuando sonó el teléfono. Era él.

—Hola —lo saludó, con el corazón acelerado—. ¿Qué tal va todo?

—Bien. Llegaré a Parenga en media hora.

—Muy bien. Nos veremos entonces.

Sorrel salió al jardín y estuvo paseando un rato hasta que oyó el ruido del jeep en la carretera. Temblando, apoyó la mano sobre el tronco de un magnolio.

Los últimos rayos del sol iluminaban el cabello de Luke, que cruzaba el puente con una seguridad casi arrogante.

Ella llevaba pantalón largo y una camiseta del mismo color que sus ojos. La ropa no era una gran armadura, pero era todo lo que tenía.

—Estás muy guapa —dijo Luke cuando llegó a su lado.

—Y tú pareces un magnate —intentó sonreír Sorrel—. ¿Qué tal la reunión?

—Bastante bien. ¿Me invitas a entrar? Parecía cansado, serio. Y ella sintió una punzada en el corazón.

—¿Hay algo simbólico en esa invitación?

—Tengo que hablar contigo.

—Muy bien. Entra.

En el saloncito, donde Man entró con el mismo propósito, Sorrel se dejó caer en un sillón mientras Luke se quedaba al lado de la ventana.

—¿Qué ocurre?

—Para empezar… ¿qué te ha dicho Man O'Neill?

—¿Cómo?

—Penn me ha contado que estuvo aquí. Man y ella son amigas.

—Por eso no le caigo bien.

—Y por eso la escalera nunca apareció. Le pedí que se lo dijera a uno de los peones y no lo hizo. Lo lamenta mucho… no solo porque estuve a punto de despedirla, sino porque no quería que te pasase nada.

—Ya lo imagino.

—No volverá a ocurrir —dijo Luke entonces—. ¿Qué te ha dicho Man?

—Nada que yo no supiera.

—Dímelo.

—¿Sigues con ella?

—No —contestó Luke, con expresión impasible.

—Y tampoco estás conmigo, de modo que no tienes derecho a saber los detalles de esa conversación.

—¿Qué quieres decir?

Sorrel respiró profundamente.

—Si quieres que seamos amantes… me temo que yo no estoy hecha para eso.

Él la miró de arriba abajo.

—Creo que eres muy modesta —murmuró, dando un paso adelante.

Sorrel dio un paso atrás. No dejaría que la besara de esa forma.

—¿Qué ocurre? Sabes que no voy a hacerte daño.

—No lo hagas.

—¿Cómo piensas pagar la reparación del puente?

—Me las arreglaré.

—No lo dudo. ¿No sería más fácil que yo te ofreciese un préstamo? Que podrías pagar cuando quisieras, claro —dijo Luke entonces, mirándola con una mezcla de rabia y deseo—. Podría prestarte lo suficiente como para arreglar la casa de arriba abajo. ¿Cuál es tu

precio?

Sin pensar, Sorrel levantó la mano y le dio una sonora bofetada. Él no se movió, aunque tenía los dedos marcados en la mejilla.

—No soy una prostituta.

—Y tampoco eres una modesta violeta. Quizá he sido demasiado crudo. Lo que te ofrezco es seguridad. Es lo mismo, pero suena mejor. El sexo fue fantástico… ¿Cuánto crees que vale eso?

—Sin amor, nada.

Se le estaba partiendo el corazón, literalmente. Le dolía tanto su actitud que apenas podía mantenerse en pie.

—Así que eres como los demás.

—¿De quién estás hablando?

—Hay muchos hombres como tú, Luke. No eres tan especial. Hay miles de hombres dispuestos a pagar un dineral por acostarse con una modelo. Eso es lo que quieres, ¿no?

La brisa movía las cortinas, llevando con ella el olor de las gardenias.

—Te deseo —dijo él por fin.

Al menos era sincero. Crudamente sincero.

—¿Ese es el trato que tenías con Man? ¿Sexo a cambio de dinero?

—No. Pensaba casarme con ella.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque tú enviaste una caja a Parenga —contestó Luke—. Y yo descubrí entonces que había estado esperándote todo este tiempo.

Sorrel se quedó en silencio durante unos segundos.

—¿Por qué me odias?

—No te odió.

—Crees que soy igual que tu madrastra.

—No. Ella nunca habría dejado una carrera tan brillante como la tuya para cuidar de un hombre enfermo. Especialmente si ese hombre hubiera derrochado todo su dinero en la ruleta y en las carreras de caballos.

Sorrel lo miró, boquiabierta.

—¿Cómo lo has sabido?

—Es fácil cuando se sabe a quién preguntar. Cuando dejaste tu trabajo como modelo hubo todo tipo de rumores y Cynthia me había confiado en una ocasión que tu padre era jugador. Cuando supe que no tenías dinero hice algunas averiguaciones y…

—No tenías derecho —lo interrumpió ella.

—Tú no me lo habrías contado.

—Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? No me hubieras creído. Y, en cualquier caso, habrías seguido pensando que quería seducirte para conseguir dinero.

—¿Por qué no aceptaste otra campaña como la del perfume? Puedo

jurar que tu cuerpo sigue siendo igual de hermoso que en la última.

—Hice esa campaña porque necesitaba el dinero. Tenía que pagar la residencia en la que estaba internado mi padre —contestó Sorrel.

—Espero que te pagasen bien. Desde luego, creó mucha controversia.

No tenía que decir lo que le parecía la campaña. Había un claro tono de desdén en esas palabras.

—Márchate, Luke. Esto no nos lleva a ninguna parte y yo estoy muy cansada.

Después de un tenso silencio, él salió de la casa sin decir una palabra.

Cuando oyó el ruido de la puerta, Sorrel enterró la cara entre las manos y se puso a llorar. No podía seguir en Parenga, no podía seguir soportando el desprecio de Luke.

Estaba subiendo a la habitación cuando llamaron a la puerta de nuevo.

—Oh, no.

—Deberías poner una mirilla.

—¿Qué quieres?

—A ti. He pasado los últimos diez años esperándote —contestó Luke —. No amueblé las otras habitaciones de Waimanu porque quería que lo hicieras tú. No sé nada de amor, pero sé lo que es desear a alguien —añadió, de corrido, como si le costara trabajo decirlo—. Y sé lo que es necesitar a alguien.

Temiendo moverse o hablar, Sorrel lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿He estropeado tanto esto que no hay forma de arreglarlo? ¿Puedes perdonarme? Estoy como loco desde que volviste, luchando contra esta… desesperación. Pensé que hacer el amor contigo podría saciar esto que siento, pero aunque fue un milagro me hizo desearte aún más.

—No es suficiente —dijo ella por fin—. No podría vivir con la desconfianza. Y tú no confías en mí.

—Quiero cuidar de ti, protegerte. Quiero volver a casa por la noche y saber que estás allí. Quiero que seas la madre de mis hijos. Tú significas más que nadie para mí. Supongo que eso demuestra cierta confianza, ¿no?

Sorrel debería sentirse feliz.

Pero no era así.

—Hablas mucho de lo que tú quieres. Pero no me has preguntado qué quiero yo.

—Dímelo.

—Te deseo a ti —dijo Sorrel sencillamente—. Porque te quiero, Luke. Te he querido desde que tenía dieciocho años. Pero yo no voy a

meterme en una relación desigual… como hizo tu padre.

Él se puso pálido. Se quedó mirándola en silencio durante unos segundos antes de acercarse a la ventana. Las rosas de Cynthia brillaban a la luz de la luna y de lejos llegaba el sonido del mar: eterno, triste, inexorable.

—El amor lo volvió débil. Lo convirtió en un necio y yo juré no ser como él. Pero parece que no tengo elección. El amor no es algo que pueda controlarse; elige su momento, su manera, sin que uno pueda hacer nada.

—Yo creo que sí tenemos elección —dijo Sorrel entonces—. Yo te quiero porque además de ser el hombre más excitante que conozco, eres honorable, trabajador, inteligente, amable y… un hombre al que respeto —añadió, intentando contener las lágrimas—. Pero debe haber respeto por ambas partes.

—Yo te admiro mucho. Cuidaste de tu padre dejando de lado tu carrera, has venido a Parenga decidida a levantarla, eres inteligente, lista, estabas dispuesta a arriesgar tu vida para salvar la de un canalla de gato y… eres tan preciosa que se me para el corazón cuando te miro.

—No seré siempre preciosa —murmuró ella, intentando leer en los ojos del hombre, tan inescrutables como siempre.

—Lo serás para mí —replicó Luke con tal convicción que Sorrel, por fin, tuvo la prueba que necesitaba—. En cuanto volviste supe que tenía problemas. Y cuando te vi en el suelo, inconsciente… entonces me di cuenta de que había perdido el corazón.

La miraba con amargura. Seguía sin admitir que la quería, pero aquello era lo que ella había deseado: su confianza.

Temblando, repitió sus palabras:

—Luke, quiero cuidar de ti, protegerte. Quiero volver a casa por la noche y encontrarte allí. Quiero que seas el padre de mis hijos. Y te querré toda mi vida.

Él cubrió la distancia que los separaba de una sola zancada y la estrechó en sus brazos con tanta fuerza que Sorrel apenas podía respirar.

Se besaron entonces, apretándose el uno contra el otro como desesperados.

Aquella vez hicieron el amor despacio, con ternura… tanta que, más tarde, cuando estaba tumbada a su lado, estuvo segura de que nunca nada en su vida sería igual que aquella noche.

—¿Por qué vino Man a verte? —preguntó Luke, acariciando su pelo.

—Para advertirme de que tú solo querrías una relación pasajera conmigo.

Él murmuró una palabrota.

—Fuimos amantes durante unos seis meses cuando te fuiste de

Parenga. Volvimos a vemos hace un año. Me gustaba y la respetaba y por eso decidí casarme con ella. Sabía que no me rechazaría porque es una mujer muy sensata. Y entonces tú enviaste esa caja y todos mis planes se fueron abajo. Supongo que me dio… miedo.

—¿Miedo?

—La noche que mi madrastra entró en mi cuarto con un camisón medio transparente juré que no sería como mi padre, que nunca dejaría que una mujer me controlase y me rompiera el corazón —dijo Luke entonces. En su voz estaba el eco de aquella traición que lo había marcado para siempre—. Mi padre me quería, pero aunque sabía que clase de persona era Cherie ni siquiera protestó cuando ella lo obligó a cambiar el testamento.

—Pero tú no eres así.

—Quizá no, pero cuando llegó tu caja pensé: «Sorrel vuelve». Y mi vida pasó a ser un arco iris. Por eso rompí con Man. No la culpo por intentar vengarse.

Sorrel intuyó que Man lo amaba y había luchado por él de la única forma que sabía.

—No estoy orgulloso de mí mismo por hacerle daño y menos de haberte culpado por mis propias debilidades… ni por haberme portado como un cerdo arrogante.

Sorrel se apoyó en un codo para verle la cara.

—Entiendo que tengas miedo del amor… la experiencia de tu padre habría hecho que cualquiera se desengañase —dijo, clavando un dedo en su pecho—. Pero tú me conocías. Siempre habías sido encantador conmigo, casi como un hermano mayor, y entonces, de repente, cuando volví de aquel curso de modelo, empezaste a tratarme como si me hubieran hecho un transplante de personalidad.

—Acababa de librarme de Cherie cuando llegaste, guapísima, elegante, increíble. Eras una amenaza para mi imagen, o la imagen que yo quería dar de mí mismo.

—¿Tú? No me lo puedo creer.

—Pues créelo, yo estoy tan loco como cualquiera —murmuró Luke, acariciando sus caderas. Sorrel se apretó contra él, seductora—. Espera un momento. Tengo que decirte algo.

—Muy bien. Supongo que ahora vas a explicarme por qué te portaste como un ogro aquel último verano. Antes de besarme, claro.

—Porque aunque estaba loco por ti, no le habría pedido a una cría de dieciocho años que se casara conmigo. Además, merecías probar suerte en tu carrera y yo solo podía ofrecerte una caravana. Así que tenía que mantener las distancias.

—¿Por qué me besaste?

Luke sonrió.

—Porque no pude evitarlo. Me sonreíste y me dejé abatir. Pero Man

fue una excusa estupenda para alejarme, para intentar convencerme a mí mismo de que solo era una locura transitoria.

—Yo también lo pensé. Pero durante toda mi vida he comparado a los demás hombres contigo. Y ninguno te llegaba a la altura de los zapatos.

—Somos idiotas, los dos. Si yo no hubiera estado tan seguro de que amarte me haría depender de ti, podríamos habernos querido desde entonces —murmuró Luke, besándola en el cuello.

—Yo era demasiado joven.

—Lo sé. Y yo estaba demasiado furioso con mi padre, demasiado asqueado con Cherie… Pero he soñado contigo durante todos estos años. Esa última campaña, la de los perfumes, fue una pesadilla para mí. Pensé que el modelo y tú erais amantes…

—Luke…

—No, déjame terminar. No voy a preguntarte silo erais. Eso es cosa tuya.

—Y yo no tengo intención de preguntarte cuántas amantes has tenido.

—Probablemente menos de las que crees.

—Lo mismo digo.

—Cuando Man me llamó aquella noche para preguntarme si íbamos a acudir al estreno, yo salí corriendo como un cobarde. Me dabas demasiado miedo, despertabas en mí sentimientos a los que había renunciado —siguió Luke, enredando los dedos en su pelo—. Pero cada día era peor. Me despertaba por las mañanas sintiendo que tu presencia era lo único que daba sentido a mi vida. Cada vez me acercaba más a la abyecta adoración que tanto desprecié en mi padre.

Sorrel apoyó la cara en su pecho.

—¿Y ahora no sientes eso?

—Ahora me da igual. Te necesito como necesito respirar.

—Y yo a ti. Y tenemos todo el futuro por delante.

Luke levantó su cara para mirarla a los ojos.

—¿Cuándo quieres que nos casemos?

—¿Estás seguro?

—Completamente. Y cuanto antes mejor.

—¿Podemos casarnos en tres días?

Él solió una carcajada.

—Sí, pero la verdad es que me gustaría casarme con mucha pompa. ¿Qué te parece dentro de un mes?

Epílogo

Se casaron en el jardín de Parenga, bajo el magnolio más antiguo. La novia llevaba un vestido de diseño italiano en seda color marfil, el collar de perlas que Luke le había regalado la noche anterior y el velo de encaje con el que se casó su madre.

La dama de honor era su mejor amiga, Emma Talbot, cuyo vestido color ámbar escondía la evidencia de su segundo embarazo. Kane, su marido, actuó como padrino.

La ahijada de Sorrel, Cressy, llevaba las arras.

Los invitados eran gente de la zona, aunque también había un par de altísimas y preciosas criaturas llegadas desde Nueva York, las amigas de Sorrel. Y un chico guapísimo, el modelo con el que hizo la campaña del perfume.

Hubo un murmullo de desilusión entre las féminas cuando vieron que su pareja era un chico casi tan guapo como él.

El rostro radiante de Sorrel emocionó a los invitados. Como los nervios de Luke.

El banquete se celebró en Waimanu y cuando los novios salían de la casa para empezar su luna de miel fueron despedidos con una lluvia de pétalos de rosa.

Pasaron la primera noche en una isla cercana, donde Luke tenía una casita. Pasearon por la playa desierta, de la mano.

—Espero que ver a Jason y Raoul juntos te haya convencido de que no tienes que preocuparte por la campaña del perfume.

—Raoul es muy simpático, por cierto —sonrió su marido—. Creo que he podido convencerlo de que voy a tenerte entre algodones toda la vida. Si no, me espera una buena paliza.

—Serás un buen marido, estoy segura.

Luke se detuvo para abrazarla.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Creo que sí —sonrió Sorrel.

—Siempre te querré. Sé que no eres como mi madre ni como Cherie. No sé cómo pude convencerme a mí mismo de que podrías serlo.

—A nadie le gusta sentirse esclavo de sus emociones.

—El control siempre ha sido importante para mí. Y entonces apareciste tú… y me pusiste la vida del revés.

La miraba con un anhelo lleno de pasión y ternura.

—Amor mío…

—No quería ser como mi padre, el que siempre estaba pidiendo, exigiendo que lo amasen. Pero cuando me dijiste que no aceptarías una relación desigual me di cuenta de que estaba siendo como Cherie, exigiendo y sin dar nada a cambio.

—No eres como Cherie —murmuró Sorrel—. Nosotros somos

iguales en todo. Excepto en fuerza física, claro.

—Te quiero y tú me quieres a mí. Eso es lo único que importa.

—Me pregunto cómo lo supo Cynthia. Cuando anunciaron su compromiso, los fideicomisarios de Parenga enviaron los papeles informando de que el fideicomiso se disolvía, con una carta de su madrina.

En la carta, Cynthia le explicaba que quiso que viviera en Parenga durante seis meses porque estaba segura de que Luke y ella estaba hechos el uno para el otro.

—Evidentemente, era una mujer sabia —dijo él, besándola en el cuello—. ¿Qué vas a hacer con Parenga?

—Creo que podría ser una residencia estupenda para niños enfermos.

—Mi querida, mi dulce Sorrel —murmuró Luke entonces con voz ronca—. Hablaremos de eso más tarde. Ahora te deseo tanto…

—Y yo a ti. Vamos a casa.

Juntos por fin, seguros del amor que sentían el uno por el otro, caminaron hacia su futuro bajo el glorioso atardecer.

Fin